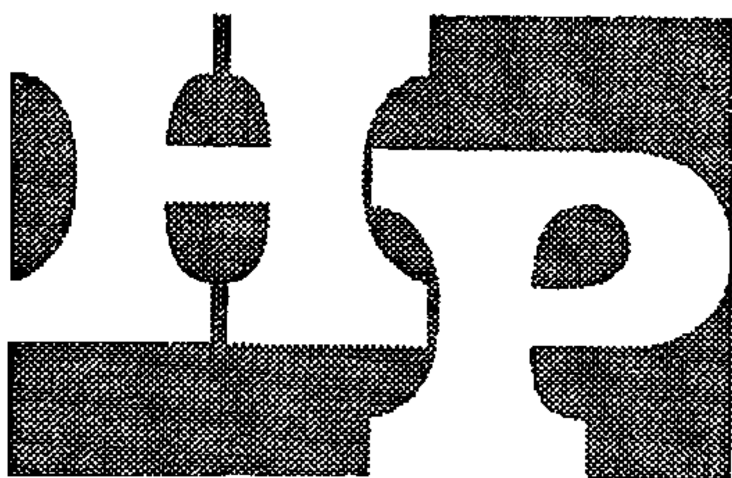
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
Héroes de la
PRADERA

Keith Luger

UNO PARA LA HORCA





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

UNO PARA LA HORCA

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 50
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 39416-1970

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: diciembre, 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Tim Farr barría por tercera vez aquella mañana el trozo de acera lindante con la peluquería. Era el trabajo que más le molestaba, pero su patrón, Carroll Larsen, no podía verlo quieto o sentado en una silla, a la espera del cliente y Tim ahora refunfuñaba por lo bajo porque Carroll lo había enviado fuera precisamente cuando él tenía más interés en permanecer en el interior.

Le gustaba hablar con el *sheriff* Smiler, y era el representante de la ley a quien ahora su patrón estaba afeitando en uno de los dos sillones de la peluquería.

Tim sólo contaba dieciséis años. No le gustaba su trabajo y bien sabía Dios que estaba allí a la fuerza. Su madre era muy amiga de Carroll y aquel viejo gruñón, necesitando un dependiente, se las había arreglado para lograr su colaboración. ¡Y todo por dos dólares a la semana! ¡Maldita sea! ¿Qué clase de justicia había en la tierra?

Pero se equivocaba Carroll si creía que él iba a aguantar mucho tiempo en aquel negocio de tres al cuarto.

Todas las semanas ahorraba veinticinco centavos. Justo lo que le entregaba su madre para sus gastos.

Algún día terminaría por reunir quince o veinte dólares y se compraría un «Colt» de segunda mano.

Entonces se presentaría con su arma al *sheriff* y le pediría que lo aceptase como ayudante, aunque no recibiese ningún dinero a cambio. Eso sería inevitablemente lo suyo. Soñaba con enfrentarse con terribles *gun-men*, con formidables forajidos a los que, uno a uno, tumbaría o conduciría a la prisión. Su nombre llegaría a ser tan famoso como el de Hichkock o el de Wyat Earpp.

Dio el último escobazo malhumorado y levantó la mirada al tiempo que giraba para meterse otra vez en el establecimiento.

De pronto, quedó quieto, mientras sus ojos se detenían en la figura de un jinete que avanzaba por un extremo de la calle.

Tim Farr sintió que la sangre corría más aprisa por sus venas.

Sus ojos observaron fijamente la cabalgadura y el hombre que iba encima de ella.

Por fin recobró el movimiento y se precipitó en la peluquería.

—¡*Sheriff*! —chilló.

Carroll Larsen estaba afeitando la barbilla de Smiler y el grito del muchacho le produjo un sobresalto. Su navaja hizo un corte en la piel del representante de la ley, el cual, instintivamente, se removió en la silla, lanzando un juramento.

—¡*Sheriff*! —repitió nerviosamente Tim Farr—. ¡Dese prisa!

Carroll se volvió hacia su dependiente con el rostro desencajado.

—¡Condenado muchacho! —barbotó—. ¡Has hecho que corte al señor Smiler!

El *sheriff* soltó un gemido y con media cara llena de jabón se miró el corte de la barbilla en el espejo.

Luego se volvió hacia Tim Farr.

—¿Qué demonios te pasa, muchacho?

—¡Salga rápido, *sheriff*!

—¿Qué es lo que ocurre? —bramó Smiler—. Se diría que has visto un fantasma.

—Es posible, *sheriff* —aseguró Tim, con un movimiento afirmativo con la cabeza—. Venga y lo comprobará.

El propio joven dio ejemplo corriendo fuera del local. Detrás de él salieron Carroll y Smiler.

En aquel instante el jinete estaba llegando a la altura del establecimiento.

Tim Farr habló por la comisura de los labios.

—Mírelo, *sheriff*.

Smiler entrecerró los ojos observando al hombre que cabalgaba por el centro de la calzada.

Frisaba en los veintiocho años y era moreno, de rostro curtido por los elementos, facciones correctas pero enérgicas.

Su vestimenta dejaba bastante que desear.

La camisa negra estaba sudada y cubierta de polvo y cubría su

cabeza con un sombrero tejano de ala ancha y copa baja, muy gastado por los bordes.

En aquel instante sus ojos se desviaron hacia el lugar desde el que era observado, y todos pudieron ver que eran de color negro, muy brillantes.

No pareció conceder mucha importancia al examen a que era sometido y miró otra vez hacia el frente. Su caballo seguía avanzando al paso.

—¡Santo cielo! —exclamó el *sheriff*, y se quedó con la boca abierta.

—¡Por cien mil barbas sin rapar! —murmuró Carroll—. Yo también lo he visto.

—No hay duda alguna, *sheriff* —intervino Tim Farr, entusiasmado—. ¡Es el mismo!

El aludido se humedeció los labios con la lengua al tiempo que seguía con la mirada al jinete.

—Creo que tendré que hablar con él…

—¿Hablar con él? —rezongó Carroll—. ¿Está usted loco, *sheriff*?

—¿Qué otra cosa quieres que haga?

—No lo sabe, ¿eh…? Bien, yo se lo diré.

Carroll se metió en el establecimiento y al cabo de segundos salió llevando en las manos un rifle. Como una centella, se lo echó a la cara y apuntó a la espalda del jinete, que se hallaba a diez yardas.

—Esto es lo que hay que hacer con gente como ésa.

Smiler tuvo que actuar rápidamente para evitar que el barbero hiciese fuego. Alargó la mano, cogió el cañón del rifle y dio un tirón quitándoselo a Carroll.

—¡No puedes hacer eso!

El barbero comprimió los labios.

—¿Por qué? ¿Por qué no lo puedo hacer?

—Palo Verde es un pueblo civilizado.

—No me diga, *sheriff* —contestó Carroll sarcásticamente.

—Nadie se tomará aquí la justicia por su mano… mientras yo ostente esta estrella —el *sheriff* señaló el emblema de su autoridad que mostraba prendido en la camisa, una estrella de latón que refulgía como el oro.

—¿Es que lo va a dejar que se escape, Smiler?

—No, Carroll. Ese hombre no se va a escapar. Ya puede tener la seguridad de ello.

—Eh, *sheriff* —intervino de pronto Tim Farr—. Se está deteniendo junto al *saloon* del Buen *Cowboy*.

Efectivamente, el jinete había descabalgado de su montura y estaba atando las bridas a un poste, unas treinta yardas más abajo de la calle.

Ahora se podía precisar bien su estatura. Mediría cerca de un metro noventa. Todos sus movimientos eran despaciosos, como si no tuviese ninguna prisa.

Smiler, Carroll y Farr lo contemplaban como hipnotizados.

—Mírelo —dijo Carroll—. Jamás he visto un tipo con más seguridad que ése. ¿Sabe qué le digo, Smiler?

—¿Qué?

—Ha venido aquí a burlarse después de lo que ha hecho… ¡A reírse de nosotros!

Smiler contestó, arrastrando las palabras:

—Son suposiciones tuyas…

—¿Y por qué ha venido a Palo Verde? Ande, dígame una razón… Ese tipo tiene la seguridad de que nadie le podrá echar mano.

—Eso está por ver.

El *sheriff* se quitó del cuello el paño que cubría su pecho y lo pasó por la parte enjabonada de la cara. Devolvió el rifle a Carroll y luego miró al muchacho.

—Oye, Tim, ¿quieres hacerme un favor?

—Lo que usted quiera, *sheriff* —contestó Tim, alborozado.

—Llégate a la oficina y avisa a Ronald y a Luke. Deben estar allí.

—Sí, señor.

—Diles que vengan preparados. Ya sabes, al Buen *Cowboy*.

—Descuide, señor Smiler. Voy como una bala.

Tim dejó la escoba en manos del asombrado Carroll y salió disparado calle abajo en dirección contraria a la que se ubicaba el *saloon* donde se hacía introducido el hombre motivo de aquel alboroto.

Luego Smiler cogió el ala de su sombrero y la inclinó unas pulgadas hacia adelante. Sacó su revólver de la funda derecha y se aseguró de su perfecto funcionamiento.

—Voy a echarle una ojeada —dijo.

—Si va a hablar con él es preferible que espere a sus ayudantes —sugirió Carroll.

—¿Tú crees?

—Si ese tipo se da cuenta de sus intenciones, disparará antes de hablar.

—Es posible.

Carroll contempló el rifle en su mano y dijo:

—Debiera haber dejado que lo liquidase… Ahora ya no tendría ningún problema.

Smiler devolvió el revólver a la funda y se pasó el dorso de la mano por la sudorosa frente.

—No comprendo el motivo que lo ha impulsado a venir aquí —murmuró.

—Ya se lo dije antes. Esos individuos no tienen conciencia.

—Quizá no sepa que se ha metido en el avispero.

La nueva hipótesis del *sheriff* no encontró respuesta.

—¡Eh, Smiler! —dijo Carroll, mirando hacia abajo—. Allí vienen Ronald y Luke.

Los dos ayudantes avanzaban rápidamente por la acera. Tim Farr no estaba con ellos.

El *sheriff* saludó a los dos hombres cuando se detuvieron a su lado.

—¿Es cierto lo que dice Farr, jefe? —preguntó uno de los recién llegados, alto, huesudo, de ojos azules y bigote recortado.

—Sí, Ronald. Es condenadamente cierto.

El llamado Ronald sacudió la cabeza.

—Bien: tenía ganas de hacer un poco de ejercicio.

—No quiero fanfarronadas —retrucó el *sheriff*—. Tú no lo has visto como yo, Ronald. Su catadura lo hace peligroso, muy peligroso.

Luke, el otro ayudante, tragó saliva.

—Propongo que entremos en el *saloon* con los revólveres por delante… Los tres a un tiempo, jefe.

El *sheriff* negó con la cabeza.

—Esos fulanos tienen una mirada especial. Aunque sólo nos vea la cabeza por encima de la puerta, sabrá si vamos armados. Antes de que pudiésemos hacer nada nos recibiría a balazos.

—¿Qué es lo que vamos a hacer, entonces? —preguntó Luke, inquieto.

—Iré yo delante y vosotros detrás para cubrirme, pero ninguno de nosotros va a sacar un arma.

—¿Cómo? —exclamó Luke haciendo un gallo.

—Ya lo has oído, muchacho. —Ronald soltó una risita—. Va a ser emocionante.

Smiler miró a Carroll.

—¿Vienes tú también?

El barbero asintió.

—Me quedaré en la acera, pero estaré preparado con el rifle.

—Andando —dijo Smiler, y se puso en movimiento.

Carroll dejó la escoba junto a la puerta de su negocio y fue tras el representante de la ley.

Éste caminó aprisa, pero conforme se acercaba al *saloon* sus pasos fueron haciéndose más cortos y lentos.

Cuando estaba a punto de ganar las puertas de vaivén, se detuvo y miró atrás.

Sus hombres y Carroll también quedaron inmóviles.

Hubo un diálogo mudo entre ellos. Finalmente, el *sheriff* hinchó los pulmones de aire, dio un paso y empujó las puertas que tenía delante, al tiempo que murmuraba por lo bajo:

—Que Dios nos asista.

Detrás de él entraron Ronald y Luke. Los tres se quedaron inmóviles en el umbral observando al hombre de la camisa negra que se acodaba en el mostrador.

Sandy, el dueño, estaba escanciando *whisky* en un vaso.

Al fondo del local, junto a una ventana, dormitaban tres viejos. Un poco más allá, cuatro hombres jugaban al póquer alrededor de una mesa. Una joven fregaba el suelo mientras tarareaba una canción.

El de la estrella dorada hizo una señal con la cabeza a sus dos ayudantes. Ronald pasó a la parte derecha de la puerta y Luke a la izquierda.

Entonces, el *sheriff* avanzó hacia el mostrador.

—Buenos días, Sandy —saludó.

Sandy le dirigió una mirada.

—¿Qué tal, *sheriff*? —De pronto arrugó la frente—. ¿Qué

demonios le pasa, Smiler?

—¿Por qué?

Sandy soltó una carcajada.

—Se afeitó solamente una parte de la cara.

Smiler se pasó el dorso de la mano por la mejilla no rasurada y sonrió también.

—Son gajes del oficio —respondió mientras miraba al hombre del sombrero deteriorado.

Sandy siguió riendo un rato.

—Sírveme a mí también un vaso —pidió el *sheriff*.

—Nunca bebe a estas horas, *sheriff*.

—Bueno, alguna vez debe ser la primera.

—Está bien, pero luego no vaya diciendo por ahí que yo trato de agrandar su úlcera.

Sandy puso un vaso delante de Smiler y lo llenó de *whisky* hasta la mitad.

El *sheriff* observó el revólver izquierdo del individuo que le había impulsado a ir allí. Lo llevaba muy bajo y eso era una de las características de un buen *gun-man*.

—¿Por mucho tiempo en la ciudad, forastero?

El joven volvió rápidamente la cabeza y miró al *sheriff*.

—Según.

Hubo una pausa.

Smiler bebió un trago de *whisky* y cuando se percató de que aquel hombre continuaba observándole, dijo:

—No hay mucho trabajo por aquí en este tiempo.

—Me dijeron que en Palo Verde las cosas marchan bien.

—Eso fue hace cosa de seis meses. El ganado se vendía bien en San Luis, pero ahora ha llegado la crisis.

—Entonces, seguiré hasta El Paso.

—El Paso, ¿eh?

—Tengo unos cuantos amigos por allí.

El *sheriff* sonrió.

—¿Quién no tiene amigos en El Paso?

Hubo un nuevo silencio.

Smiler sacó una bolsa de cuero y la alargó a su interlocutor.

—¿Fuma usted?

—Bueno, hace tiempo que no lo pruebo —aceptó la bolsa.

Smiler sacó del bolsillo interior de su camisa un librito de papel de fumar. Arrancó dos hojas y tendió una de ellas al joven. Éste liaba el cigarrillo cuando el *sheriff* preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

—Trevor, Tony Trevor.

—Tiene un bonito caballo, señor Trevor.

El joven iba a humedecer el papel con la lengua y se detuvo observando el rostro del *sheriff*.

—Sí —murmuró—. No está mal.

—Cualquier día de estos he de sustituir el mío… Es ya viejo, ¿sabe?

Tony Trevor no contestó nada a esto.

—¿Tiene fuego? —preguntó.

Smiler sacó una caja de fósforos y poco después Trevor encendió su cigarrillo, expeliendo una bocanada de humo.

—¿Dónde compró su caballo? —preguntó de súbito el *sheriff*—. Ya sabe, a lo mejor el vendedor tiene otro parecido.

—No. Creo que no. El mío fue una ocasión.

—¿Sí…? Entonces es usted un hombre de suerte… Apuesto a que lo consiguió barato.

—No me puedo quejar.

Trevor cogió el vaso de *whisky* y apuró su contenido de un trago.

—¿Cómo se llama? —inquirió Smiler.

Trevor le miró otra vez.

—Ya se lo dije antes.

—No me refiero a usted ahora.

—¿Al caballo?

—Eso es, al caballo.

Trevor entrecerró los ojos.

—«Dick». Se llama «Dick». —Trevor sonrió—. Y ahora, si no le importa, *sheriff*, me voy a marchar.

—¿Le ha entrado prisa de pronto?

—No, casi nunca tengo prisa. Pero si aquí no voy a encontrar trabajo, me iré enseguida —miró a Sandy, que estaba secando unos vasos, y preguntó—: ¿Qué es lo que debo?

—Veinticinco centavos.

—Añada lo del *sheriff*. Yo invito.

—Entonces, medio dólar.

Trevor sacó del bolsillo del pantalón un fajo de billetes.

El *sheriff* observó éstos. Todos eran de cinco dólares.

Trevor cogió uno de los billetes y se lo alargó a Sandy.

Smiler se preparó para entrar en acción.

Trevor tendría que alargar la mano para recoger el cambio del billete que le entregase a Sandy. Ése sería el momento.

Sandy permaneció un minuto junto al cajón del dinero y luego se volvió hacia donde estaban Trevor y el *sheriff*.

—Aquí tiene, amigo. Cuatro dólares y medio.

Trevor alargó la mano y cogió el cambio.

En ese instante, Smiler desenfundó el revólver que gravitaba junto a su cadera derecha y apuntó con él al costado de Trevor.

—¡Nada de tonterías, muchacho! —rugió.

CAPÍTULO II

Trevor se quedó con la mano en el aire, el dinero entre los dedos, y volvió los ojos observando el revólver que el *sheriff* esgrimía.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirió con acritud.

—Es usted el que va a contestar a las preguntas, Trevor. Y yo voy a ser quien se las haga.

—¿Qué mosca le ha picado?

Trevor empezó a bajar el brazo.

Ronald y Luke avanzaron desde la puerta mostrando sendos «Colt» en sus diestras.

—¡Cuidado, Trevor! —advirtió Smiler—. Es posible que llegue a tocar uno de sus revólveres, pero antes de que pueda apretar el gatillo lo partiremos por la mitad con nuestras balas.

El joven observó los tres cañones de negros ojos que convergían en su cuerpo y sacudió la cabeza.

—Está bien, *sheriff*. Me voy a estar quieto, pero dele a la lengua. Tengo interés por conocer qué clase de lío es éste.

Ronald soltó una risita.

—Usted lo ha dicho, *gun-man*. Es un lío… del que no va a poder salir.

Trevor hizo una mueca.

—¿Quién es el payaso? —inquirió.

Ronald dio un paso adelante y descargó un culatazo en el mentón de Trevor. Éste soltó una exclamación ahogada y golpeó la espalda contra el filo del mostrador.

Los jugadores de póquer suspendieron la mano y volvieron la cabeza. Los viejos de la ventana empezaron a despertar y la chica que fregaba el *saloon* interrumpió su canción y su trabajo.

—¡Quieto, Ronald! —gritó el *sheriff*—. ¡No quiero violencias!

Trevor sacudió de un lado a otro la cabeza y se pasó la mano por la mandíbula. Luego miró a Ronald con ojos llameantes.

—No lo intente otra vez, verdugo.

Ronald sonrió, mostrando unos dientes cortantes como los de un perro de presa.

—Aquí tienes mi respuesta.

Era evidente que se disponía a propinar otro golpe al prisionero, pero el *sheriff* repitió con voz seca:

—¡Quieto, Ronald!

El ayudante quedó inmóvil contemplando a Smiler.

—¿Es que lo va a defender, jefe?

—Una de mis obligaciones es la de proteger a los detenidos… Y también lo es tuya, Ronald… Será mejor que no tenga necesidad de recordártelo.

Hubo un silencio.

Tony Trevor enarcó las cejas.

—¿Quiere decir que me va a detener, *sheriff*?

—Sí.

—¿Por qué razón?

—Le vamos a acusar de una muerte, Trevor.

—¿De una muerte? —repitió Tony—. ¡Usted está loco!

—De un asesinato —aclaró Ronald.

—No sé de qué me están hablando.

El *sheriff* alargó la mano libre y cogió el vaso que había encima del mostrador. Mientras bebía un trago de *whisky*, observó un montón de cabezas a través de las ventanas que daban a la calle… Entre los curiosos estaba Tim Farr. El muchacho indudablemente había dado la noticia por todo el pueblo y muy pronto frente al Buen *Cowboy* estarían reunidos todos los ciudadanos. Esto era algo que no le gustaba y maldijo a Tim para sus adentros.

Volvió a mirar a Trevor.

—¿Quiere que sigamos hablando… de su caballo, muchacho?

—Adelante.

—Usted dijo antes que lo había comprado.

—Es cierto.

—¿A quién?

Tony se humedeció el labio inferior con la lengua y se miró la

punta de las botas Cuando volvió a enfrentarse con la mirada de Smiler, respondió:

—Exactamente no fue una compra.

—Claro que no —dijo Ronald—. Yo te diré cómo lo hiciste, *gun-man*. Le echaste el ojo al potro y te gustó. Era mucho mejor que el tuyo. Sería una buena idea hacerte con él. Entonces maduraste el plan. Te escondiste en un buen sitio y, cuando pasaba el jinete, le disparaste por la espalda…

—¡Es la más estúpida historia que he oído en mi vida! —Trevor se volvió hacia el de la placa—: Su ayudante tiene una gran imaginación. O quizá es que el sol le ha pegado hoy en la cabeza con demasiada fuerza.

—No son imaginaciones suyas, Trevor —respondió Smiler.

Trevor echó el torso hacia adelante.

—¿Es que usted también va a creer esa historia del asesinato?

—Vayamos por partes, muchacho. Estábamos hablando de su caballo y usted decía que no lo había conseguido exactamente mediante una compra.

—Eso es.

—Explíquese.

—Está bien. Ahí va. Viniendo hacia acá esta mañana, sobre las ocho, me encontré en el camino con dos individuos. Cada uno de ellos montaba un caballo, pero llevaban un tercer animal. Es el potro que ustedes han visto fuera.

—Y no iba nadie encima, ¿eh?

—No.

—Continúe.

—Los tipos me propusieron hacer una operación. Ellos cambiaban su potro sobrante por el que yo montaba.

Ronald se echó a reír.

—¿Espera que le creamos ese maldito cuento?

—Es la pura verdad.

—Veamos, Trevor —dijo Smiler—. Descríbame a esos individuos con los que hizo la permuta.

—Uno era robusto, de fuerte constitución, de unos treinta años de edad, cabeza grande, cejas espesas y nariz achatada… Sí, ahora recuerdo que mostraba una cicatriz en el mentón, casi en el

centro… Una cuchillada probablemente.

Ronald dijo:

—Yo no he visto en mi vida a un fulano de esas características por estos andurriales y apuesto a que nadie lo conoce.

Trevor esperó el veredicto de los que escuchaban, pero vio que continuaban inmóviles y cerró los puños rabioso.

—¿Y el otro?

—Delgado, de cabello rubio, ojos muy claros, verdosos. Tenía una forma rara de reír, torcía la boca cada vez que lo hacía… Cuando di la conformidad al cambio de caballo, me preguntó si me dirigía a Palo Verde, y al contestarle yo en sentido afirmativo, rió con su mueca.

—No hay un tipo como ése en toda la comarca —exclamó Ronald—. ¡Dígaselo, *sheriff*!

Smiler meneó la cabeza.

—Sí, Trevor. Mi ayudante tiene razón. Nunca he tenido noticias de esos dos tipos.

—Claro que no —intervino rápidamente Ronald—. Apuesto a que se los acaba de inventar.

—¡No he inventado nada! —repuso con voz ronca Trevor—. Les he contado la historia completa. Pensé que ganaba con el cambio. Mi potro no era malo, pero hace un par de meses tuvo una enfermedad… No quedó muy bien de los remos. Sentí mucho perderlo, pero a veces uno tiene que arrinconar los sentimientos.

En aquel instante, Carroll entró en el local, portando entre sus manos el rifle. Su rostro estaba lívido.

—¡*Sheriff*! —exclamó.

Smiler volvió la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Acabo de ver la silla No hay ninguna duda. Tiene manchas de sangre… Están secas… Yo calculo que han pasado un par de días desde que ocurrió…

—¿Estás seguro? —preguntó Smiler.

—Lo puede comprobar usted mismo.

Smiler volvió a mirar a Trevor.

—Está en un aprieto, muchacho —hizo una pausa—. ¿No le convendría decir de una vez la verdad?

—Ya se la he dicho —contestó el joven—. Y veo que he perdido

el tiempo.

El *sheriff* hizo chasquear la lengua y dijo:

—Escuche, hijo. Esto es una pacífica comunidad. La ley se implantó aquí hace mucho tiempo. Desde que ello ocurrió, los ciudadanos están siempre dispuestos a dar un buen escarmiento al que trata de infringirla. Excuso decir que el asesinato es castigado con la horca.

—Todo eso está muy bien —repuso Trevor—. Pero usted no necesita hacerme esas advertencias.

El *sheriff* dio un suspiro.

—Espere a oírme hasta el final. Ese caballo que usted ha traído aquí pertenecía a Lee Corey, un hombre del que no sabemos nada desde hace dos días. Le voy a relatar los hechos y usted mismo sacará las conclusiones.

—Le escucho, *sheriff*.

—Lee Corey era uno de los hombres más queridos de Palo Verde. Un hombre honrado a carta cabal. Poseía una velocidad extraordinaria con el revólver y a esa rara condición unía una virtud. La de poner su revólver al servicio de la ley. Corey había sido contratado por la Anaconda Company para traer mensualmente de Santa Fe los fondos necesarios para pagar a los obreros que trabajan en las minas de cobre de Sacramento. Hace dos años que empezó su trabajo y nunca le había ocurrido nada… hasta ahora —el *sheriff* hizo una pausa—. Corey debió llegar hace cuarenta y ocho horas a Palo Verde con unos doce mil dólares. Anteayer por la noche, como aún no había llegado aquí, comenzamos a alarmarnos un poco. Ayer por la mañana, en vista de que no se sabía absolutamente nada de él, organicé tres grupos para hacer una descubierta por los alrededores. Llegamos por el norte a Corona, por el este a Hondo y por el oeste hasta Salinas. No encontramos rastro de él… ¿Se va dando cuenta?

Trevor contempló los ojos que le observaban.

—Sí, creo que sí —contestó.

—¿Quiere rectificar ahora algo de su historia?

Trevor fijó otra vez la mirada en la cara arrugada del *sheriff*.

—No tengo nada que rectificar.

Carroll dio un paso al frente y exclamó rabioso:

—¡Dejémoslo a los ciudadanos, Smiler…! En cuanto este tipo se

vea con una soga al cuello, cantará las cosas claras.

—¡Ya he dicho que no quiero violencias! —repuso Smiler, sin perder la serenidad.

Carroll rezongó algo por lo bajo, pero se estuvo quieto.

Smiler se apretó el puente de la nariz con la mano libre y dijo:

—Resulta un poco incongruente su relato, Trevor. Supongo que se dará cuenta. Nos ha hablado de dos individuos que jamás hemos visto por aquí, y a eso hemos de añadir el hecho de cambiar un caballo estupendo por otro que había estado enfermo dos meses antes… Por aquí la gente entiende de caballos. ¿Cree usted que alguien pueda hacer un negocio de esa clase?

El joven hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Quizá suene algo raro, pero no tengo otra cosa que contar.

—¿Está seguro? —indicó Smiler.

Trevor titubeó, dando la impresión de que iba a decir algo pero, por último, apretó los labios y murmuró:

—Eso es todo.

El *sheriff* miró a Sandy, que continuaba detrás del mostrador.

—Dame ese billete de cinco dólares que te acaba de entregar.

Sandy se dirigió a la caja y retiró el billete.

Smiler lo cogió de su mano y le echó una mirada. Finalmente levantó los ojos, posándolos en el curtido rostro de Trevor.

—¿De dónde sacó este billete?

—¡Maldita sea…! ¿Es que le voy a dar razón de todos mis actos?

—Sí, muchacho. Tendrá que darme razón de todos sus actos a partir de las últimas cuarenta y ocho horas.

—Le puedo decir muchas cosas respecto a los billetes. Puedo decirle que los gané trabajando. Puedo decirle que los gané en una apuesta. Puedo decirle que los encontré en la calle…

—Sí, Trevor. Usted puede decir muchas cosas. Puede incluso asegurar que se los entregó la noche pasada un ángel que bajó del cielo. Pero yo no lo creeré, ni tampoco lo creerán los hombres del jurado que hayan de pronunciar un veredicto respecto a usted.

—¿Por qué no?

—Existe un motivo muy sencillo. Este dinero pertenece a la Anaconda Company.

Sobrevino un silencio que duró apenas cinco segundos.

—¿Cómo lo sabe, *sheriff*? ¿Cómo sabe que ese dinero pertenece a

la Anaconda?

—La Anaconda es una compañía muy concienzuda. Cuenta con personal eficiente y ellos saben organizar bien las cosas. Antes de que Lee emprendiese su viaje mensual a Santa Fe, la Anaconda enviaba por correo a su representante de Palo Verde una relación en la que insertaba los números de los billetes que Corey había de transportar. Es el método que siguen siempre con sus remesas de dinero. De esta forma los jefes de la Anaconda se aseguran la posibilidad de perseguir a unos posibles delincuentes si su dinero es robado. Ayer mismo, cuando regresé de la infructuosa batida, visité al representante de la Anaconda y le pedí la numeración de los billetes que Lee Corey debió entregar aquí hace dos días.

El *sheriff* guardó silencio mientras introducía la mano en el bolsillo superior de la camisa.

Sacó un papel, que desdobló, mostrando su contenido a Trevor.

—Puede comprobarlo usted mismo, muchacho. El billete con que ha pagado los dos *whiskys* está comprendido en esta numeración, y apuesto a que también lo están esos otros que usted guarda en el bolsillo.

Trevor cerró los ojos con fuerza y los abrió. Luego dijo con voz rabiosa:

—Le contaré cómo conseguí ese dinero.

Ronald, que llevaba callado unos cuantos minutos, dejó oír otra vez su irónica risita.

—Procure que sea una historia mejor que la del caballo.

—Déjalo, Ronald —dijo Smiler—. Puede usted hablar, Trevor.

Tony sacudió la cabeza y dijo:

—El tipo de las cejas espesas observó la cadena de mi reloj y dijo que estaba dispuesto a comprármelo. Ocurrió después de lo del caballo. Yo le dije que el reloj no estaba en venta. Entonces, de buenas a primeras, me soltó que me daría veinte dólares por él. Yo no estaba preparado para oír semejante oferta. Llevo cabalgando una semana y no tuve suerte durante los últimos días. Apenas me he echado a la boca unos mendrugos de pan con sus correspondientes tragos de agua para ablandarlos en el estómago. En fin… les entregué el reloj y yo recibí los veinte dólares.

Ronald lanzó ahora una fuerte carcajada.

—¿No lo decía yo? Ese cuento es todavía más tonto que el de los

caballos.

Carroll fulminó con la mirada a Trevor.

—¿Es que piensa que acaba de topar con una pandilla de idiotas? Nosotros le demostraremos que se confundió de lugar, forastero.

Smiler dio un suspiro y preguntó:

—¿Por qué no me contó eso antes, Trevor?

—Lo iba a hacer después de informarle de lo de los caballos, pero me di cuenta de que sólo serviría para empeorar mi situación.

Ronald levantó el revólver unas pulgadas y dijo:

—Es usted muy inteligente. Dio en la diana. Esos veinte dólares le acaban de poner la soga al cuello.

Trevor observó a Smiler:

—¿Qué dice usted, *sheriff*?

—Lo siento, hijo, pero todo está en contra de usted… Si ése es su relato completo, me temo que tendrá usted las horas contadas.

—¿Sí?

—De todas formas, le prometo un juicio legal.

Ahora fue el forastero quien se sonrió, pero lo hizo con amargura.

—Me promete un juicio legal. Ya sé lo que significa eso. Me van a matar a bombo y platillo, y para diversión de Palo Verde montarán un gran espectáculo.

—Palo Verde no es ningún circo, muchacho. Tendrá su abogado defensor. Quizá él pueda hacer lo que no ha hecho usted.

—Déjese de monsergas. Estoy sentenciado antes de que comparezca ante el juez. ¿De dónde van a sacar el jurado…? —Trevor señaló a Carroll—. Es posible que ese hombre del rifle vaya a formar parte de él, y también estarán muchos de los hombres que miran desde las ventanas… Todos ellos, individual y colectivamente, me han preparado un final y para llegar a él no han necesitado oír a ningún abogado defensor. Yo sé muy bien cuál es. ¡Estoy destinado a la horca, *sheriff*!

—No lo tome así.

—¿Cómo quiere que lo tome? Da la casualidad de que es mi cabeza la que quieren meter en el lazo.

Hubo un nuevo silencio y luego el *sheriff* dijo:

—Ya nada tenemos que hacer aquí. Iremos a mi oficina.

Trevor hizo un movimiento afirmativo.

—Muy bien, *sheriff*, vamos a su oficina —observó con una mirada rápida a los hombres armados que había en el local.

Smiler apuntaba con su revólver al suelo. El del rifle al techo. El otro ayudante del *sheriff* que había estado callado señalaba con el negro ojo del cañón a uno de los anaqueles del mostrador. Tan sólo Ronald, aquel odioso tipo, le apuntaba a él mismo, a Tony.

En aquel instante, el *sheriff* le hizo una seña para que echase a andar hacia la puerta.

Tony bajó la cabeza mirándose la punta de las botas, como si estuviese apesadumbrado. Dio un paso y luego otro, y todo su aspecto era el de un hombre abatido, derrotado.

De la calle llegó una ola de murmullos.

Los que observaban desde la ventana comunicaron a los que no podían ver que el forastero se disponía a salir.

Pasó, por entre ellos y de pronto llevó su mano izquierda a la funda con una velocidad de relámpago.

Todo sucedió en menos de un segundo. Giró su torso mientras sus dedos aferraban la culata del revólver.

Leyó en los ojos de Ronald el deseo de matar, pero él. Tony, apretó primero el gatillo.

CAPÍTULO III

Sonó un estampido.

Ronald lanzó un grito y dejó caer su arma. Luego Tony dio un salto atrás, mientras movía su revólver en abanico.

—¡Quietos todos…! ¡Al que se mueva, lo abraso!

Su mano derecha no estaba ociosa. Desenfundó la pistola de ese lado.

Luke arrojó el revólver al suelo antes de que Trevor hubiese terminado de soltar su amenaza.

Carroll anduvo más remiso, pero, al ver relampaguear los ojos del forastero, alargó el brazo y apoyó el rifle en una silla.

Sólo Smiler conservó su pistola, pero su cañón seguía mirando al piso de madera.

Por la ventana no se veía a nadie. Aquella parte de la calle había sido despejada en cuanto sonó el disparo.

Ronald se cogió la mano izquierda y soltó un juramento.

—¡Maldito sea…! ¡Esto le va a costar caro!

—Escuche, verdugo —dijo Tony—. Le he podido matar y no he querido.

—¿Por qué, Tony? —intervino el *sheriff*—. ¿Por qué no lo ha matado?

—Porque no quiero ensuciar esto más de lo que está. Le repito lo de antes, *sheriff*. Yo no maté a ese Lee Corey. No lo he visto en mi vida.

—Entonces será mejor que no haga ninguna tontería. Entréguese, hijo.

Trevor sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, *sheriff*, no puedo hacer eso. Les di un poco de cuerda para saber a qué atenerme. Palabra que no hubiera querido llegar a esto,

pero ahora ya no tengo ninguna duda.

—Piénselo mejor.

—Está pensado. Nunca ha entrado en mis cálculos acabar en la horca… Pórtese bien, *sheriff*. Agáchese y deje el revólver en el suelo.

—¿No cree que con su actitud disipará toda duda respecto a que usted mató a Lee Corey?

—Pamplinas. Usted sabe tan bien como yo que mi juicio se ha celebrado aquí, en este *saloon*… ¡Deje el revólver!

Smiler hizo chasquear la lengua y finalmente se agachó y puso la pistola en el suelo.

Al enderezarse, preguntó:

—¿Qué es lo que va a hacer ahora?

Tony señaló con el revólver a Carroll.

—Usted, amigo, vaya despojando de los revólveres a los hombres y arrójelos por detrás del mostrador… ¡Vamos, aprisa…! No puedo perder aquí toda la mañana…

Carroll movió rápidamente las piernas. Fue quitando los revólveres a los hombres que aún los conservaban en la funda, y uno a uno los tiró en la pileta que había detrás del mostrador.

Trevor se dirigió a Sandy:

—Usted salga de ahí y siéntese a una mesa. Ya ha estado bastante tiempo de pie.

Sandy salió de detrás del mostrador y se dejó caer en una silla.

Luego Trevor habló nuevamente a Carroll.

—Usted me va a preceder en la salida. Deténgase en la acera para que todos los que están fuera le vean bien.

El barbero tragó saliva.

—¿Por qué le he de servir yo de escudo? Pue… puede elegir otro.

—Usted reúne las condiciones adecuadas. Pesa lo menos cien kilos. Me cubrirá perfectamente.

Ronald había comprobado que su mano no tenía ninguna herida y volvió a mostrar sus dientes cortantes mientras decía:

—Tira muy bien, Trevor… El hombre que mató a Lee Corey tenía que ser un buen

gun-man

.

—No me excite, Ronald —advirtió el joven, y se acarició con uno de los cañones el lugar donde el ayudante le había golpeado minutos antes—. Podría devolverle el culatazo.

Ronald mantuvo la boca cerrada.

Luego, Trevor miró a Carroll.

—Ya puede echar a andar, amigo. Y procure mantenerse bien erguido. Será mejor que recuerde que se está jugando el pellejo.

Carroll se pasó las sudadas palmas de las manos por las perneras del pantalón. Dio media vuelta y echó a andar hacia la salida.

—Vayan todos los demás al fondo del local —dijo Trevor—. ¡Rápido!

Ronald, Luke y Smiler se apartaron del mostrador y serpentearon por entre las mesas hacia el rincón más lejano.

Carroll estaba llegando a la puerta.

—¡Empuje las puertas! —ordenó Trevor.

El barbero titubeó unos segundos, pero por fin levantó los brazos e impulsó con las manos las puertas de vaivén.

Salió fuera, pero quedó visible su cabeza y su enorme espalda.

De la calle no partía ningún ruido.

Trevor miró hacia los representantes de la ley.

—Traten de calmar los ánimos. Y usted, *sheriff*, esté seguro de una cosa. No se le escapa de las manos el asesino de Lee Corey. Soy tan inocente de ese crimen como lo pueda, ser usted mismo. No traten de seguirme. Si lo hacen, me veré en la necesidad de tirar a matar. Es una cosa que yo lamentaría, porque antes de que den cuenta de mí, algunos de ustedes no lo contarían. Hasta la vista.

Trevor se dirigió hacia la puerta andando de lado.

Salió fuera, a la calle, y empujó a Carroll hacia adelante.

Echó una ojeada rápida a la calle. Estaba solitaria, pero tras las puertas y las ventanas se encontraban los pacíficos ciudadanos dispuestos a emprenderla a tiros con él en cuanto hiciese la escapada.

—Desate las bridas de la montura, Carroll —ordenó.

El barbero se estremeció ostensiblemente y se acercó al poste. Con mano temblorosa desató las bridas del caballo que había pertenecido a Lee Corey.

—Échese a un lado, Carroll —oyó que le decía por detrás Trevor.

Se hizo a un lado y en ese instante Tony dio un salto apoyando el pie derecho en el poste. Cayó sobre la silla volviéndose en el aire. Sus espuelas rozaron los flancos del caballo y éste partió como una centella.

—¡Muchachos, ahí va! —gritó Carroll, con todas las fuerzas de sus pulmones—. ¡Duro con él!

Tony lanzó una maldición y se volvió unas pulgadas pasando su revólver por debajo del brazo izquierdo. No apuntó a Carroll, sino a sus pies, y apretó el gatillo.

Carroll pegó un salto y se lanzó sobre las puertas del *saloon* del Buen *Cowboy* para refugiarse.

En ese momento salían Smiler y sus dos ayudantes. Carroll tropezó con ellos y él y Smiler se vinieron abajo.

Sonó un disparo. La bala pasó muy lejos del fugitivo.

Trevor miró hacia delante. Treinta yardas más de carrera y doblaría por el recodo, considerándose a salvo.

Sandy salió del establecimiento a trompicones, llevando en la mano el rifle de Carroll.

Ronald se lo arrebató de las manos y se lo echó a la cara, apuntó al jinete que huía y disparó.

Bang… bang…

El potro de Lee Corey soltó un relincho, se detuvo y levantó las dos manos al aire.

—¡Lo alcancé! —gritó triunfalmente Ronald.

Tony Trevor saltó de la silla para evitar caer debajo del animal, y rodó por el suelo levantando una gran polvareda.

—¡Ya lo tenemos, *sheriff*! —exclamó Carroll—. ¡Y ha sido mi rifle!

El potro del fugitivo pateó en el suelo, lanzando lastimeros relinchos.

Tony Trevor se levantó y corrió agachado mientras hacía dos disparos al aire, hacia el *saloon*.

Ronald contestó con otro disparo de rifle, pero no pudo tomar puntería, porque la nube de polvo le impedía distinguir el lugar donde se encontraba el forastero.

—Bueno… —dijo Smiler—. Ya es nuestro.

La nube de polvo se disipó, pero Tony Trevor ya no estaba allí.

—¡Ha doblado hacia la calle de Los Álamos! —gritó Sandy.

—¡Vamos a por él! —dijo Carroll.

Ahora salieron los hombres de sus casas. Portaban revólveres, rifles o simples escopetas.

Ronald se echó a reír.

—Será como cazar un conejo.

El *sheriff* miró a su ayudante y dijo:

—Lo quiero vivo.

—Eso ya no dependerá de nosotros, jefe. Sólo es cuenta suya. Le apuesto a que ese tipo no se rinde.

Smiler hizo un gesto afirmativo con la cabeza y luego se puso a dar órdenes.

—Ustedes, Barton, Douglas, Kennedy, vayan hacia el norte de la calle y quédense allí clavados… Y ustedes, Robertson, Clifford, Steinp y Mingo, vayan por detrás de la calle de Los Álamos… Quiero un grupo de cinco voluntarios en la fuente de las Texas… Los demás vienen conmigo.

Se formaron inmediatamente los grupos y cada uno fue a ocupar el lugar asignado.

Sandy sacó de su establecimiento los revólveres que Tony Trevor había hecho arrojar en la pileta y los entregó a sus respectivos dueños.

El *sheriff*, con sus dos ayudantes, Carroll y otros tres hombres, echaron a andar hacia el lugar en que había desaparecido Trevor… abarcando la calle en toda su extensión.

Los ojos de Ronald brillaban regocijadamente.

CAPÍTULO IV

Tony Trevor se dio perfecta cuenta de su situación. Mientras corría junto a la pared de una casa, miró hacia lo más hondo de la calle, pidiendo al cielo que hubiese por allí un caballo, pero no tuvo suerte.

La calle estaba desierta.

Podía entablar una lucha a muerte con sus revólveres, pero ¿a qué conduciría esto? Mataría a media docena de hombres y luego… si él no sucumbía también en la pelea, no habría poder divino ni humano que lo librara de la horca.

Se mordió el labio inferior con fuerza, hasta hacerse daño.

De pronto vio una ventana abierta. Fue algo instintivo. No se detuvo a pensar. Pasó una pierna por el alféizar y luego la otra, deslizándose silenciosamente en el interior.

En la habitación no había nadie.

Cerró la ventana y echó el pestillo, sumergiéndose en una impenetrable oscuridad. Se puso en cuclillas en el suelo, respirando profundamente.

Bien; de momento había pasado el peligro, pero ¿hasta cuándo?

Aquella cuadrilla de locos necesitaba encontrarlo cuanto antes para exhibirlo como un trofeo a los honrados ciudadanos de Palo Verde.

Oyó pisadas fuera en la calle y levantó la cabeza prestando atención.

—¡Infiernos! —Oyó que exclamaba Carroll—. ¡No se le ve!

Luego habló Smiler:

—No ha podido escapar por el aire —hizo una pausa—. ¡Eh, muchachos!

Se oyó una voz lejana:

—¿Lo tiene ya, *sheriff*?

—¡Ni siquiera le hemos visto…! ¿No ha pasado por ahí?

—¡No, *sheriff*…! ¡Hemos tenido bien abiertos los ojos!

Siguió la risita inconfundible de Ronald.

—Está claro como el agua, jefe.

—¿Sí? —interrogó Smiler.

—Nuestro conejo se ha escondido en la madriguera. Bastará con que registremos las casas de esta calle para que salga dando saltos.

—Creo que es una buena idea —asintió Smiler—. ¡Eh, muchachos…! ¡Atención…! ¡Vamos a registrar las casas una por una! Debéis estar preparados.

—¡Pierda cuidado, *sheriff*! ¡Si lo vemos salir, aquí estaremos para presentarle nuestros respetos!

Smiler emitió un gruñido y dijo:

—Está bien, hijos… ¡Adelante! Tú, Luke, puedes quedarte al otro extremo de la calle. Los demás nos dedicaremos a las casas.

Tony Trevor oyó cómo los pasos se retiraban de la ventana. Apoyó la espalda contra la pared y soltó una maldición. Su suerte estaba echada. Si quería seguir gozando de libertad tendría que ganársela abriéndose paso a tiros. Era algo inevitable.

De pronto oyó pasos en la habitación cercana y pensó que no había contado con los habitantes de aquella casa. Se enderezó rápidamente. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Vio enfrente de él una puerta y recorrió inmediatamente la distancia que lo separaba de ella.

Los pasos se detuvieron al otro lado.

Se apretó contra la pared y enfundó el revólver que esgrimía con la mano izquierda, para tener esta libre.

Se oyó un chasquido y la puerta comenzó a abrirse.

Un haz de luz penetró en la habitación. Vio el vuelo de una falda, los extremos puntiagudos de unos zapatos y luego el perfil de una mujer.

Era un perfil como no había visto otro en su vida. De frente abombada, nariz recta y labios sensuales. Los ojos eran grandes y las pestañas largas. Ella poseía también otras cosas, como por ejemplo un busto maravilloso que se agitó cuando la joven soltó una exclamación:

—¡Oh!

Tony Trevor dedujo por qué la joven se sorprendía. Ella debía recordar que había dejado la ventana abierta y ahora estaba cerrada. A eso tenía que añadir los disparos de la calle principal y sacaría las conclusiones lógicas.

La joven empezó a girar la cabeza y entonces él saltó, cubriéndole la boca con la mano izquierda, mientras la abarcaba por la cintura con el brazo derecho.

Ella forcejeó mientras desorbitaba los ojos, pero Tony consiguió asirla con fuerza y la apretó contra sí.

Sus caras quedaron muy juntas y él sintió el suave calor que emanaba de aquel hermoso cuerpo femenino.

—No grite —le murmuró casi al oído—. Si obedece mis órdenes, saldrá de esto sin ningún daño.

La joven lo miró al rostro y Tony juró que jamás había visto unos ojos tan negros y brillantes.

—¿Está de acuerdo, señorita?

Ella dejó transcurrir unos segundos y finalmente meneó la cabeza en sentido afirmativo.

Entonces la dejó libre y retrocedió dos pasos.

La puerta se había abierto completamente en el forcejeo.

La joven observó el revólver que él esgrimía y preguntó con voz seca:

—¿Qué se propone?

—Andan detrás de mí y no tengo más remedio que defenderme.

—Oí el movimiento en la calle —repuso ella—. Todos andan detrás de usted. No podrá escapar.

—Es posible.

—¿Por qué no se rinde entonces?

—Es un negocio que no me interesa.

Tony observó con más tranquilidad a la joven. Era esbelta, de cintura estrecha, caderas anchas y piernas muy largas. Sólo había visto una mujer como aquélla en sueños. Y él pensó siempre que no existían en realidad, que no podía haberlas de carne y hueso. Pero allí estaba aquella muchacha para demostrar que se había equivocado.

Ella se sintió observada y sus ojos chispearon.

Tony pensó que no podía tener más de veinte años.

De pronto recordó que la muchacha no estaría sola en la casa.

—¿Quién hay por ahí dentro?

—Sólo mi madre.

—¿Dónde está?

—Pierda cuidado. No le puede causar ningún mal.

—Tengo que asegurarme.

Las aletas de la nariz de la joven palpitaron.

—Si usted la hubiese encontrado a ella, habría tenido menos dificultades que conmigo. Es una inválida. No puede moverse de la cama.

Tony arrugó el ceño.

—Lo siento —murmuró con voz queda.

Hubo un largo silencio, que fue roto por una voz que llegó desde la parte trasera de la casa.

—¡Eh, muchachos! —Era Carroll—. El *sheriff* pregunta si hay alguna novedad…

—¡Sigue sin aparecer! —Fue la respuesta.

—Bueno, ya hemos registrado tres casas… Continuaremos con las demás.

Tony y la joven se estaban mirando.

—Están en la casa de al lado —anunció ella—. Carroll acaba de hablar desde la ventana más próxima.

—Y ahora vendrán aquí.

—Sí.

Hubo otra pausa.

—Mi nombre es Tony Trevor, señorita. Nunca he estado antes de ahora en Palo Verde. Vine aquí en busca de trabajo. Caso de no encontrarlo hubiese seguido hacia El Paso. Pero las cosas se me han complicado…

—¿Qué es lo que ha robado?

—Nada. No he robado nada… Escuche bien, le repito lo que ya le he dicho. No quiero causarle ningún daño, pero tendrá que hacerme un favor.

—Usted quiere que yo le esconda.

—Sí —respondió él, afirmando con la cabeza—. Sólo será cosa de dos minutos. El tiempo indispensable para escapar de esta ratonera.

—¿Y si no lo hago?

Tony Trevor parpadeó.

—No me ponga en un atolladero, señorita… ¿Ha visto alguna vez un jabalí acorralado por los perros?

—No.

—Yo sí. Lo he presenciado varias veces en los páramos de Luisiana. No es ningún espectáculo agradable. Los perros se lanzan contra el jabalí e intentan morderlo en cualquier parte. Ellos son una docena, o quizá más, y el jabalí está solo. El jabalí pretende huir y los perros lo acosan por todos lados, tratando de impedírselo. Al principio, el jabalí cree que puede escapar con acometerles un poco, pero se equivoca… Poco a poco va perdiendo su serenidad y entonces se revuelve contra los perros ciego de ira. Ya no sabe por dónde va, quizá llega a perder su sentido de la orientación… Y llega un momento en que es tal su agobio, que empieza a dar vueltas como enloquecido…

En aquel instante llamaron con fuerza a la puerta de la calle. Tres golpes sin interrupción.

Tony Trevor observó a la joven con los ojos entrecerrados.

—Bien, señorita. Es su turno.

Ella estaba inmóvil, como si se hubiera convertido en una estatua.

Llamaron otra vez a la puerta. Ahora fueron dos golpes.

Se oyó una voz femenina procedente de la habitación de al lado:

—¿No estás ahí, Lydia?

—Sí, mamá —contestó rápidamente la joven—. Ahora mismo abro.

Lydia apartó los ojos del rostro de Trevor y pasó a la otra habitación. Luego ella cogió el pomo de la puerta y cerró.

—Buenos días, Lydia —dijo el *sheriff*.

—¿Qué tal, señor Smiler? —saludó la joven—. Hola, Ronald.

—Me has dado un buen susto —contestó Ronald—. ¿Dónde estabas, muchacha?

—En mi dormitorio. Me había echado un poco… ¿Qué es lo que pasa? He oído disparos en la calle… ¿Es algún gracioso?

Smiler se aclaró la garganta.

—No, Lydia. No lo es, desgraciadamente.

—¿Entonces…?

Fue Ronald el que contestó:

—Hemos descubierto al hombre que asesinó a Lee Corey.

Hubo una pausa y seguidamente una exclamación:

—¡No…! ¡No puede ser!

—Lo siento, Lydia —dijo Ronald—. Pero los hechos lo demuestran. El tipo que se nos escapó de las manos se ha presentado en Palo Verde con el caballo de Corey. La montura tenía sangre seca de un par de días… y por si faltaba algo, pagó en el Buen *Cowboy* con billetes pertenecientes a la remesa que Lee Corey debía entregar aquí anteayer.

—¡Santo cielo! ¡Lee muerto!

—Bueno —dijo Smiler—. Ese hombre niega haberlo hecho…

Ronald se echó a reír.

—Las pruebas están contra él y son suficientemente claras. No hay ninguna duda.

Tony sintió los latidos de su corazón. Ahora se arrepintió de no haber puesto al corriente de todo a la muchacha. Lo había tomado por un simple ladrón. Por ello le preguntó qué era lo que había robado. ¿Qué iba a hacer ahora Lydia si creía tener bajo su techo a un asesino? La respuesta era muy sencilla. Les diría que él, Tony, se encontraba allí, tras aquella puerta, y todo acabaría…

Bien; defendería su vida hasta el fin.

Smiler carraspeó nuevamente, añadiendo:

—Estamos recorriendo todas las casas, Lydia. Hasta ahora no lo hemos encontrado. Puede estar aquí.

Transcurrió un segundo… dos… tres…

Tony sintió las fauces secas. Lentamente fue levantando el revólver que aferraba con su mano derecha y apuntó a la puerta justo a la altura de la cerradura.

—No, *sheriff*. Ese hombre no está aquí.

Tony cerró los ojos al escuchar la contestación de la joven. Luego hubo un prolongado silencio.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió a su vez Ronald—. ¿Cómo sabes que no está aquí, Lydia?

—Sólo hay una ventana que dé a la parte de atrás, la de mi dormitorio, que es precisamente donde yo me encontraba ahora cuando vosotros llegasteis. He pasado acostada media hora y siempre he tenido la ventana cerrada. No se puede abrir desde fuera. Para estar aquí tendría que haber empleado la puerta principal.

—Esto no pudo hacerlo —dijo Smiler—. Se ha tenido que esfumar por alguna de las ventanas que dan a la parte de atrás. Bien, aquí no está. Vámonos, Ronald.

Se oyeron unos pasos.

—¿Cómo sigue tu madre? —preguntó Smiler.

—Perfectamente.

—Dile que un día de estos vendré a verla. Adiós, muchacha. Y ten cuidado. No salgas hasta que todo esté claro.

—Gracias, *sheriff*, así lo haré.

Unos pasos se perdieron a lo lejos.

—¿No te vas tú, Ronald? —dijo de pronto Lydia.

—Quería hablar contigo un momento, Lydia, a solas —replicó el ayudante del *sheriff*.

—¿Sobre qué?

—Hay mucho tema por delante. De ti, de mí… y de Lee Corey.

—Será mejor que dejemos eso para otro momento.

—No, Lydia. Es posible que tú lo puedas dejar, pero yo no. Conoces cuáles son mis sentimientos hacia ti desde hace mucho tiempo.

—Por favor, Ronald…

—No te voy a pedir nada… todavía. Pero quiero que lo sepas de una vez. Yo te sigo queriendo, Lydia, y estoy dispuesto a hacerte mi esposa. Es sólo eso. No sé si te conformará, pero no podía callármelo.

—Eres muy amable…

—He esperado mucho y estoy dispuesto a esperar un poco más.

—Adiós, Ronald.

—No lo olvides ni un segundo. Yo te quiero. Volveré a verte pronto, Lydia.

La puerta se cerró definitivamente.

Tony Trevor respiró con fruición y entonces se percató de que durante algunos segundos había interrumpido hasta el resuello.

La puerta que tenía enfrente se abrió de súbito y vio a la joven en la otra parte.

El rostro de ella estaba pálido y sus ojos se fijaron en los de él de una forma extraña.

—No podía imaginar que usted fuese un asesino —dijo ella.

Tony hizo una mueca de amargura.

—No lo soy.

—¿Qué va a decir usted…? El *sheriff* es una persona honrada. Nunca acusa a nadie sin un motivo.

—¿No ha oído lo que él alegaba? Es ese maldito Ronald quien trata de cargarme el mochuelo. Yo también tengo la impresión de que el *sheriff* es un hombre honrado, pero no me servirá de nada su virtud. Si me cogen, soy hombre perdido.

—Usted mató a Lee Corey…

—No, Lydia, yo no le maté. Puede estar segura de que no he visto a Corey en mi vida. Me han envuelto en este jaleo sin quererlo.

—Llegó aquí en el caballo de Lee y la silla estaba manchada de sangre. Pagó con el dinero que él tenía que traer a Palo Verde.

Tony se apretó las sienes con la mano libre. Empezaba a estar cansado. Había comido muy poco durante los últimos días y aunque su naturaleza era fuerte, notaba ya síntomas de agotamiento.

—Escuche, señorita. Las circunstancias están en mi contra, pero sólo se trata de eso, de hechos completamente casuales… De todas formas, puede estar tranquila. Me voy a ir ya.

—¿Por dónde va a salir?

—Por la puerta principal, como el *sheriff*. Estará menos custodiada. Trataré de conseguir un caballo… Me hace mucha falta.

Él pasó a la otra habitación y se volvió hacia Lydia:

—Usted cree también en mi culpabilidad… lo leo en sus ojos.

—¿Qué le puede importar eso?

—Es cierto. ¿Qué me puede importar? Le quedo muy agradecido de todas formas… Buena suerte.

Echó a andar muy despaciosamente.

Llegado ante la puerta, la abrió unas pulgadas y miró fuera. Vio un pórtico, un jardín y un poco más allá la calle. No había nadie por los alrededores, pero ahora lo tendría que acompañar la suerte.

De pronto, la voz de Lydia restalló a sus espaldas:

—¡No se mueva, señor Trevor! ¡Le estoy apuntando con un revólver…! Es posible que no tenga su puntería, pero le aseguro que a esa distancia no fallaré un disparo a su cabeza.

CAPÍTULO V

Tony Trevor sintió un escalofrío por la espina dorsal. Cerró la puerta que tenía ante sí y volvió la cabeza mientras levantaba la pistola unas pulgadas.

La voz de ella sonó otra vez fuerte, seca:

—¡Tiene dos segundos para dejar caer el arma al suelo…! ¡Uno…!

Tony abrió la mano y el «Colt» golpeó en el suelo.

—Muy bien —dijo Lydia—. Vuélvase ahora.

Tony giró sobre sus talones y la contempló al otro lado de la habitación.

Los ojos de Lydia relampaguearon de ira y su pecho se agitó.

Encima de su cabeza, colgada de la pared, había una panoplia. En ésta aparecía el hueco que había dejado el revólver esgrimido ahora por la joven.

—¿Qué le pasa, señorita? —dijo Tony—. No comprendo su actitud.

Ella volvió la cabeza y sonrió ficticiamente.

—No lo comprende, ¿verdad? Todo es muy extraño para usted… Yo supe que usted es un asesino cuando estaban aquí el *sheriff* y Ronald. Habría bastado una palabra mía para que ellos le hubiesen acribillado a balazos. Pero no lo hice. No lo hice, señor Trevor. Y en cambio, aprovechando ahora un descuido suyo, soy yo quien lo tengo en mis manos… Le daré la explicación que necesita usted, señor Trevor.

—Debe ser muy interesante…

—No quise que el *sheriff* o Ronald le matasen. ¿Y sabe por qué…? ¡Porque voy a ser yo quien le mate!

Hubo una breve pausa.

—¿Usted? —dijo Tony—. Creo que se ha puesto un poco nerviosa. No sabe lo que dice.

—Lo sé perfectamente, señor Trevor. Usted mató a Lee Corey y para hacerlo estoy segura de que no le concedió ninguna oportunidad. Probablemente disparó contra él por la espalda o quizá lo hizo aprovechando su sueño.

—No…

—¡Cállese! —le atajó ella—. ¿Sabe acaso qué clase de hombre era su víctima?

—Ya le he dicho que no le conocía.

—Claro que sí. Tan sólo lo vio una vez para matarlo. Lee Corey era un hombre bueno, un hombre honrado que sabía cumplir con todas y cada una de sus obligaciones. No existía otra persona más generosa en Palo Verde… Era querido por todos… Los niños lo habían convertido en su ídolo… Los ciudadanos le respetaban… Y yo le amaba, señor Trevor.

Tony dibujó una mueca en su rostro.

Lydia prosiguió:

—¿Le divierte mi confesión, señor Trevor…? ¡Yo amaba a Lee Corey y él me correspondía…! ¡Nos íbamos a casar! Lee tuvo que ahorrar dólar a dólar para que pudiéramos convertir en realidad nuestro sueño… Dentro de dos meses nos íbamos a casar, señor Trevor. Nadie ha pasado por Palo Verde más rápido y con más puntería que él, y sin embargo, se conformó con un sueldo. Pero usted es de otro barro, ¿verdad, señor Trevor? Usted supo de alguna manera que él transportaba dinero y lo atacó para robarle… ¡Y lo tuvo que asesinar para poder apoderarse de sus billetes! ¡Usted se manchó las manos con su sangre!

—¿Por qué no se calma, señorita?

—Eso ya lo dijo antes. ¿Es que tiene miedo? Sí, no hace falta más que mirarle a la cara para saber que lo tiene… siente pánico porque va a morir.

—¿Por qué no me escucha un momento?

—¡No le escucharé! —Lydia levantó el revólver dispuesta a disparar.

Las palabras brotaron rápidamente de los labios de Tony:

—Dos individuos me ofrecieron cambiar mi caballo por el de su prometido; luego me compraron un reloj por veinte dólares Por eso

yo iba en el potro de Lee Corey. Por eso pagué en el *saloon* con el dinero de la remesa… Pero le sigo diciendo que no tengo nada que ver con la desaparición de Corey.

—¡Es usted un farsante!

Tony dio unos pasos hacia ella caminando lentamente.

—No la he engañado.

—¡Está mintiendo deliberadamente!

—¿Qué clase de pueblo es este que nadie confía en lo que puede decir un desconocido? —Se detuvo a menos de dos yardas de ella.

—¡Usted es un forajido, un pistolero…! ¿Qué clase de pasado es el suyo? Sus ropas sucias, sudadas, esa barba… Con sólo echarle una ojeada basta para saber que usted sería capaz de matar simplemente por una moneda de plata.

—No se debe juzgar a las personas por su aspecto.

Tony dio otro paso y saltó sobre la joven.

Lydia disparó cuando él había ya logrado aferrar su muñeca. La bala rozó el hombro de Tony y se sepultó en el piso. Luego el joven perdió el equilibrio y arrastró a ella en su caída.

La madre de Lydia lanzó un grito desde su dormitorio.

La muchacha seguía esgrimiendo el arma y hacía esfuerzos para apuntar al cuerpo de él. Estaban muy juntos. Se miraron a la cara, que retorcían en una mueca por el esfuerzo realizado.

—¡Le mataré, asesino! —gritó Lydia.

—¡Suelte el revólver o me obligará a partirle la muñeca!

—¡Lydia! —gritó la madre de la joven—. ¡Socorro…! ¡Lydia!

La joven cerró los ojos en un gesto de dolor, porque Tony retorcía más y más su mano.

Al fin lanzó un suspiro y abrió los dedos, dejando escapar el arma. Entonces él la soltó de un empujón.

La joven se enderezó apoyándose en la pared, sollozando. Los cabellos le caían por la cara y se quedó ligeramente encorvada mirando a Trevor.

—¿Es que no me oyes, Lydia? —gritó otra vez su madre—. ¿Qué ha ocurrido?

—No pasa nada, mamá —contestó ella.

—Usted ha tenido la culpa —dijo Tony—. No debió hacer eso… Ha podido matarme.

—¡Ojalá lo hubiera hecho antes de darle oportunidad de

acercarse!

Tony giró sobre sus talones y ella se lanzó sobre él como una fiera y le agarró el brazo armado.

—¡Condenada muchacha! —Alborotó él mientras trataba de desembarazarse.

De pronto se abrió la puerta de la calle y Smiler y Ronald aparecieron con un «Colt» en cada mano.

—¡Ríndase, Trevor, o lo asamos como un ternero! —gritó el *sheriff*.

Lydia siguió cogiendo con todas sus fuerzas el brazo izquierdo de Tony. Entonces, Ronald se adelantó rápidamente y pegó un culatazo en la mano armada de Tony.

El segundo revólver golpeó contra el piso.

La joven se separó de Tony y éste volvió la cabeza para mirarla.

—Ya puede estar satisfecha… Ha logrado lo que quería. Pronto me podrá ver muerto…

Lydia se echó hacia atrás el cabello que le caía por la cara y levantó altivamente la barbilla.

—Tendrá simplemente su merecido.

—A usted le ciega la pasión. No puede ser imparcial…

—¡Basta de cháchara! —cortó Ronald—. ¿O es que quiere que le rompa todas las muelas de un culatazo?

Trevor había soportado demasiado al ayudante. No se detuvo a pensar. Con todas sus fuerzas aplicó el puño derecho a la mandíbula de Ronald.

Se oyó un fuerte chasquido y el ayudante voló por encima de la mesa, golpeando contra un jarrón de cristal, que se rompió en mil pedazos, y luego se derrumbó en el suelo, dando una vuelta de campana.

—¿Se ha vuelto loco? —gritó el *sheriff*.

Tony levantó las manos, respirando jadeante:

—Sí, *sheriff*. Creo que me estoy volviendo loco… pero son ustedes los que me impulsan a ello —volvió la cara rabioso hacia Lydia—. ¿No le he contado algo de un jabalí perseguido por una jauría de perros…?

Los ojos de la joven chisporrotearon.

—El jabalí es un animal dañino y peligroso. En esta comarca se organizan batidas todos los años para exterminarlos.

—Muy elocuente.

En aquel instante, Ronald se incorporó, apoyándose en el filo de la mesa. Quedó echado hacia adelante, mostrando su cara transfigurada por la ira. De sus labios salió un hilillo de sangre.

—¡Maldito *gun-man*! ¡Te voy a pisotear hasta romperte todos los huesos!

Dio la vuelta a la mesa para abalanzarse sobre Tony, quien lo esperaba con los puños cerrados.

El *sheriff* se interpuso entre ellos, gritando:

—¡Ya se acabaron las peleas!

En la puerta aparecieron Carroll y otros dos hombres, que miraron asombrados la escena que se ofrecía ante sus ojos.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó el barbero.

Ronald miró al *sheriff* y luego al prisionero.

—Tiene suerte, forajido, pero muy pronto se apagará su estrella, cuando empiece a balancearse del extremo de la cuerda.

Carroll se echó a reír.

—Bien, ya le tenemos cogido. ¿Qué le parece esto, *sheriff*? Este tipo es de cuidado. Propongo que sea juzgado por un comité de ciudadanos. Lo ahorcaremos en menos de una hora.

—Yo lo entregaré gustoso —dijo Ronald.

—¡No se hará nada de eso! —intervino el *sheriff*, con voz autoritaria—. Ya dije en el *saloon* de Sandy que tendría un juicio legal. ¡Y vive Dios que lo va a tener! ¡Pese a quien pese!

Hubo un silencio.

Lydia entró en el dormitorio y los hombres que se quedaron en la sala pudieron oír su voz calmando a su madre.

—No ocurre nada, mamá. Todo está en orden.

—¡Santo cielo! Creí que te pasaba algo malo.

—No te preocupes, mamá.

La joven volvió a salir.

Smiler hizo una señal con el revólver a Tony.

—Eche a andar. Tony, y manténgase cerca de mí. Los ánimos están soliviantados. No conteste a ninguna de las acusaciones que se hagan durante el trayecto hasta mi oficina.

Tony hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se dirigió a la puerta.

Carroll y los otros dos hombres se hicieron a un lado.

Antes de salir, Trevor se volvió y sus ojos se encontraron con los de Lydia. Durante unos segundos permanecieron inmóviles observándose. Finalmente, el joven salió fuera, seguido por Smiler y Ronald.

CAPÍTULO VI

—Levántese el acusado para oír el veredicto del jurado —dijo el juez Arthur French.

Tony Trevor se puso en pie.

El secretario del tribunal se acercó al estrado del jurado y recogió del presidente un papel doblado que llevó al juez. Éste desdobló el papel y miró su contenido por encima de las gafas.

Luego anunció:

—Los doce hombres que integran el jurado encuentran al acusado culpable.

Hubo una ligera conmoción en la sala y el juez golpeó la mesa con el martillo.

—¡Silencio u ordeno al alguacil que despeje la sala!

Cuando los rumores se hubieron acallado, French miró a Tony Trevor y dijo:

—De acuerdo con las leyes de este estado, yo te condeno, Anthony Trevor, a ser colgado de un árbol y ahorcado hasta que tu cuerpo exhale el último suspiro. La condena se llevará a cabo el próximo día catorce, a las seis de la mañana. Caso concluido.

Unos cuantos espectadores empezaron a aplaudir. El juez se levantó de su sillón y se dirigió hacia una puerta que había al fondo.

El *sheriff* Smiler, que estaba sentado cerca del lugar que ocupaba Tony, tamborileó con los dedos sobre la mesa y miró con una mueca al acusado, que continuaba en pie.

Ronald se separó de la pared en donde se apoyaba y vino hacia donde estaba Tony.

—¿Qué le pasa…? —preguntó con una irónica sonrisa—. ¿Acaso esperaba que le soltasen?

Tony negó con la cabeza.
—No. Todo está claro. Pero será mejor que no se dirija a mí en ese tono, Ronald. Ahora ya no puede importarme nada y le aseguro que tengo ganas de soltarle otro trallazo como el del otro día. Y esta vez le apuesto doble contra sencillo a que le arranco de cuajo un par de muelas.
Ronald comprimió los labios con fuerza, rabiosamente.
—¡Intente mover un solo dedo contra mí y no consentiré que le cuelguen, Trevor! Lo ejecutaré yo mismo con el revólver.
Smiler se puso en pie.
—¿Es que han de andar siempre como el perro y el gato? —dijo resignadamente—. Hoy es tu día libre, Ronald. No hacía falta que vinieses.
Ronald sonrió.
—¿Cree que iba a perdérmelo?
Smiler dio un suspiro y descolgó las esposas que llevaba al cinto. Puso una de ellas en la muñeca derecha de Tony y se colocó él la otra en la izquierda.
—Vamos, hijo.
Echaron a andar y salieron por la misma puerta que lo había hecho el juez. Luego doblaron por un corredor y poco después se encontraban en la calle.
Se había reunido mucha gente en aquel lugar. Unos cuantos carros que había en la calzada estaban llenos de hombres arracimados.
—¡Ahí está el asesino! —gritó alguien.
El *sheriff* y Tony se detuvieron unos instantes observando a los excitados ciudadanos.
—¡Pronto verás el infierno, Trevor! —exclamó otro.
—¡A lo mejor, cuando llegue allí, intenta escapar! —sugirió, un tercero.
Sonaron fuertes risotadas.
Smiler apartó de un manotazo a los hombres que tenía delante, ordenando con voz seca:
—¡Paso libre…! ¡He dicho paso libre!
Empezaron a avanzar entre la rugiente multitud.
—¿Por qué no le deja un rato libre, *sheriff*? —dijo una voz ronca —. Nos falta un cuarto para completar una partida de póquer.

El nuevo sarcasmo encontró una alborozada acogida.

Tony siguió andando con la cabeza levantada, observando todos los rostros.

De pronto alguien le escupió en la cara.

El *sheriff* se volvió furioso.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó—. ¡Cochino cerdo…!

Tony sabía quién lo había hecho. Un tipo de mediana estatura y nariz aguileña. Tony lo miró fijamente a los ojos mientras se limpiaba la mejilla con el dorso de la mano.

El otro, el que había escupido, comenzó a parpadear, sus labios se movieron temblorosos sin pronunciar palabra alguna. Por último dio media vuelta y se perdió entre el público.

Tony comprendió que aquel hombrecillo era solamente un cobarde y que había bastado que lo mirase a las pupilas para meterle el miedo en el tuétano. Probablemente, todos serían igual que él, pero estaban unidos y querían una cabeza, no importaba cuál. Era populacho sanguinario, exacerbado en sus más bajos instintos ante la posibilidad de ejercitar una supuesta justicia, de llevar a cabo algo que juntos podían hacer, pero a lo que ninguno de ellos aisladamente se atrevería. Quitar la vida a un ser humano.

—Vamos, Trevor —dijo Smiler.

Continuaron andando, pero ahora ya nadie dijo nada.

Un minuto más tarde, el representante de la ley y su prisionero entraban en la oficina.

Luke estaba sentado en una silla y se levantó como un rayo.

—¿Qué pasó, jefe? —preguntó.

Smiler hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Abre la celda.

Cruzaron un corredor a cuyo final había dos celdas.

Un hombre estaba tendido en un camastro de la primera de ellas. Se incorporó y acudió a la puerta.

—Eh, muchacho. ¿Cómo ha ido eso? —preguntó a Trevor.

Era un tipo rechoncho, de cara mofletuda y cabello muy revuelto.

—Culpable —repuso Tony.

Smiler le quitó las esposas, mientras Luke abría la puerta.

Una vez dentro, Luke cerró nuevamente.

—Vete a la oficina —dijo el *sheriff* con voz enérgica.

Cuando los pasos de Luke se hubieron perdido a lo lejos, Smiler miró a través de la celda a Tony, que se había apoyado en la pared, junto a una ventana.

—Oye, muchacho —ahora lo tuteaba—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—No.

—Me refiero a que, si no sabes escribir, puedo hacerlo por ti.

—Se escribir.

—Bueno, quizá desees mandar algún mensaje a un pariente o amigo.

—Ya le he dicho que no necesito nada.

—Está bien —rezongó Smiler—. Sólo quería echarte una mano. Llámame si piensas otra cosa.

El representante de la ley empezó a caminar hacia la oficina y de pronto el otro detenido le llamó:

—¡Eh, señor Smiler!

—¿Qué pasa, Morrow?

—Ya que él no quiere, puede hacerme un favor a mí.

—Tú siempre tan aprovechado. ¿De qué se trata?

—No sé escribir. Hágalo por mí.

—¿A quién quieres que escriba?

—A Joe el Tuerto, Houston, Texas.

—¿Qué le vas a decir?

—Sólo es para pedirle que se llegue aquí una noche con un par de amigos y ponga una bomba debajo de mi ventana.

Smiler cerró los ojos y apretó los dientes con rabia, mientras Morrow estallaba en una fuerte carcajada.

El *sheriff* lo apuntó con el dedo y dijo:

—Cualquier día de éstos te la vas a ganar, Peter Morrow. Te aseguro que estás agotando mi paciencia.

Smiler dio media vuelta y siguió hacia la oficina mientras Morrow se cogía el estómago riendo a mandíbula batiente. Al cabo de un, rato preguntó:

—¿Para cuándo han preparado la fiesta, Trevor?

—Para mañana a las seis.

—¡Infiernos! ¡Se quieren dar prisa…!

Tony no pudo por menos que sonreír. A lo largo de sus cinco días de encierro había simpatizado con aquel individuo llamado

Morrow.

Morrow ya estaba allí cuando llegó él. Cumplía una condena de diez días de cárcel por armar escándalo en el *saloon* de Sandy. Pero, al parecer, Morrow visitaba con bastante frecuencia aquellas celdas. Estaba acostumbrado al encierro y se lo tomaba con filosofía. Por ello no desaprovechaba cualquier oportunidad que se le presentase para tomar el pelo a Smiler o a cualquiera de sus ayudantes.

Tras un largo silencio, Morrow siseó:

—Eh, Tony.

—¿Qué quieres, muchacho?

—Yo cumplo mi condena esta noche a las doce. Si quieres utilizarme como mensajero puedes hacerlo.

—Gracias, Peter, pero ya oíste lo que dijo antes el *sheriff*. No existe nadie a quien le pueda interesar la noticia de mi muerte.

—¡Demonios, eres un tipo raro…! Si uno no tiene familiares, siempre hay un amigo… Yo tengo muchos, ¿sabes? Todos los ciudadanos de Palo Verde me quieren —bajó la voz—, a excepción de Smiler y sus dos ayudantes.

Tony empezó a reír y de pronto se quedó repentinamente serio. Se acercó a la puerta enrejada y se cogió a los barrotes.

—Oye, Peter.

—¿Qué hay?

—Supongo que Lee Corey sería también muy amigo tuyo.

—Desde luego.

—Háblame de él.

—Bueno, era un tipo simpático. Lee y yo siempre nos llevamos muy bien. Se granjeaba la amistad de todos. Sabía siempre decir la palabra oportuna. Por ello el pueblo ha sentido tanto su muerte.

—Me han dicho que era muy rápido con el revólver.

—Eso es condenadamente cierto. No he conocido a nadie como él. Recuerdo que cierta vez me hizo coger un naipe en el Buen *Cowboy*. Lee Corey se puso a diez yardas de distancia y metió cuatro balas por el mismo agujero. Fue algo sensacional.

—¿Y qué me dices de su rapidez en desenfundar?

Peter Morrow lanzó un silbido.

—Era visto y no visto. Tenía la mano vacía y una milésima de segundo más tarde, de uno de sus dedos brotaba fuego. Por lo menos ésa era la impresión que uno sentía. Pero, naturalmente, sólo

escupe plomo el cañón del revólver.

—Muy bien, Peter. Ahora me vas a decir quiénes eran sus enemigos.

—¿Enemigos de Lee Corey…? ¡Santo cielo, no los tenía!

—Yo conozco uno.

—¿Que tú…?

—Sí, Peter. Se trata de Ronald, el ayudante del *sheriff*.

—¿Ronald Donovan…? No es posible… Siempre los vi en buena armonía… Precisamente formaban parte de la misma partida de póquer.

—Pero ambos querían a una misma mujer: Lydia.

—¿A Lydia Howells…? ¿Quién te lo ha dicho?

—Tú sabes que me detuvieron en casa de Lydia. Antes de que me cogiesen tuve oportunidad de escuchar una conversación entre ella y Ronald. Al parecer, en otro tiempo, Ronald asedió a Lydia, pero ella le dio de lado y prefirió a Lee Corey. Eso es algo que muchos hombres no perdonan, y Ronald me ha dado la impresión de que es un mal bicho.

—Pero ¿cómo se iba a atrever Ronald a cargarse a Corey?

—Probablemente no lo hizo él. Encargó el trabajo a un par de forajidos que consiguió de fuera. Eran los dos hombres que me cambiaron el caballo y me compraron el reloj.

Morrow lanzó otro silbido.

—¡Infiernos! ¿Crees que pudo ocurrir algo de eso?

—Es una hipótesis que me gustaría comprobar.

—¿De qué forma?

—Me imagino que los dos tipejos que yo me topé en el camino y que me metieron en este jaleo, están ahora en El Paso. Es lógico que Ronald fuese allí para comprar la colaboración. No podían estar en otra parte.

—¿No has dicho nada de eso en el juicio?

—No. Es la primera vez que se lo comunico a alguien.

—¿Por qué? No lo entiendo. Era tu mejor defensa.

Tony soltó una risita sarcástica.

—Yo soy el único que conozco a esos hombres… aparte de Ronald. ¿Crees que las autoridades hubiesen permitido que yo fuese a El Paso para identificarles?

—Ya entiendo. Pero, de todas formas, tú no puedes hacer nada.

—Me queda una baza por jugar.

Tony miró hacia el corredor para cerciorarse de que continuaba desierto, y luego dijo:

—Si lograse escapar de aquí podría largarme a El Paso para solucionar mi problema.

—¿Largarte de aquí? ¿Es que te has vuelto loco…? Te van a colgar mañana.

—Sí, me van a colgar mañana, a las seis, pero supón que a esa hora me encontrase muy lejos de aquí… Tendrían que aplazar mi ejecución.

—Desde luego, pero ¿cómo infiernos vas a huir de esta celda? Yo lo he intentado un montón de veces y jamás he podido hacer nada.

—Hay una sola persona en Palo Verde que podría facilitarme la huida.

—No digas que ése soy yo. ¡Demonios! No puedo coger dos revólveres y amenazar a Smiler. Entonces es cuando me jugaría la piel. Hasta ahora siempre me han cogido por liarme a puñetazos con algún ciudadano… pero, la verdad, eso que me propones…

—No es eso lo que te propongo, Peter. Ni tampoco eres tú la persona a que me refería.

Morrow emitió un suspiro de alivio y enarcó las cejas interesado.

—¿Quién es?

—Lydia Howells.

CAPÍTULO VII

Peter hizo una mueca de estupefacción.

—¿La propia novia del muerto…? ¡Por cincuenta mil botellas de *whisky*! ¡Si fue ella precisamente quien tuvo la culpa de que te cogiesen en su casa…! ¿Qué clase de locura es ésa?

—Escucha, Peter. Tú saldrás de aquí esta noche a las doce. Me quedarán todavía seis horas. En cuanto pongas los pies en la calle te largas a casa de Lydia Howells y le hablas a ella de mi hipótesis.

—Dirá que has soñado.

—Lydia conoce perfectamente los sentimientos de Ronald Donovan respecto a ella. Quizá considere interesante mi idea. Es mi última oportunidad.

—No he oído una cosa más descabellada en toda mi vida. ¿Como va ella a prestarse a una cosa así? Tendría que entrar en la oficina con un revólver escondido entre su ropa, sorprender a Smiler o a Luke, coger las llaves y abrirte la puerta. ¿Cómo va a hacer eso Lydia, cuando se trata precisamente del hombre que supuestamente mató a su prometido…? ¡Oh, no!

—Es una probabilidad entre mil, pero no tengo dónde elegir.

Hubo una pausa y finalmente Peter Morrow hizo chasquear la lengua.

—Está bien, muchacho, por mí que no quede. A las doce de la noche, en cuanto salga de aquí, iré a su casa.

—Gracias, Morrow.

—No hay que darlas. Un favor se hace a cualquiera.

Trevor soltó un bostezo y dijo:

—Creo que voy a dormir un rato. Me sentará bien un descanso. Esta noche pasada no he pegado un ojo.

—¿Quién lo pegaría en tu situación…? ¡Diablos, no me gustaría

tener mi cuello rodeado por una corbata de cáñamo!

Tony sonrió mientras se dirigía al camastro. Se tendió y poco después dormía profundamente.

Cuando despertó, se dio cuenta de que era noche cerrada.

Por un ventanuco del muro vio parpadear las estrellas en el firmamento.

Se acercó a la puerta de barrotes y vio que le habían dejado su cena en un plato que descansaba en el suelo. Cogió el plato y lo abandonó en un rincón porque no tenía apetito.

—Eh, Morrow —llamó en voz baja, pegando la cara a los barrotes—. ¿Qué hora es?

El camastro vecino gimió. Luego Peter dijo:

—Faltan diez minutos para que me convierta otra vez en un honrado ciudadano.

—¿Sigues pensando en ir a ver a Lydia Howells?

—Aunque pienso que no vas a conseguir nada, iré, Tony. Tienes mi palabra.

Trevor se sentó en el borde del jergón a la espera.

Cinco minutos más tarde se oyeron pasos en el corredor y la voz de Smiler retumbó en la celda:

—Bien, Peter, ha llegado tu hora.

—¡Demonios, *sheriff*! —rezongó Peter—. Me lo dice usted de una forma que parece que fuera a ejecutarme.

Smiler soltó una risita mientras hacía girar la llave en la cerradura.

—Cualquier día, en una de esas peleas que armas, querrás darle gusto al gatillo y entonces sí que no te librará nadie de una ejecución.

Peter Morrow salió fuera de la celda, subiéndose los pantalones.

—Parece mentira que le diga usted eso a uno que es de casa. Sabe que soy una persona incapaz de matar a nadie.

—Anda, lárgate ya. Aunque apuesto a que antes del amanecer te encuentras otra vez aquí.

—No lo verán sus ojos. ¿Me permite despedirme del condenado?

—Está bien, hazlo, pero date prisa.

Peter se acercó a la celda que ocupaba Tony.

—Siento lo tuyo, Trevor —dijo al joven.

—La vida es así.

Morrow le apretó una de las manos que cogían los barrotes y dijo:

—Buena suerte, Tony.

Seguidamente echó a andar por el corredor, seguido del *sheriff*.

Tony se dirigió al muro del fondo y se entretuvo en mirar por la ventana.

El tiempo fue transcurriendo lentamente.

Al cabo de una hora oyó fuera pasos de una cabalgadura que se acercaba a la puerta principal de la oficina.

Acudió apresuradamente a la puerta de hierro y prestó atención.

La puerta de la oficina del *sheriff* se abrió.

—Buenas noches, *sheriff* —dijo una voz estropajosa.

—Hola, Ronald… Has estado bebiendo, ¿eh?

—¿No es mi día libre hoy?

—Sí, pero hay cosas que un ayudante del *sheriff* no puede hacer.

Ronald se echó a reír.

—Bueno; algún día he de estar yo de fiesta.

—¿Fiesta? ¿Qué es lo que celebras?

—Dentro de una hora ahorcarán a ese tipo que hay ahí dentro… No pienso acostarme. He venido aquí a hacerle compañía. Si me voy a casa, no me levantaré hasta las nueve o las diez y es a las seis cuando lo van a ahorcar. Quiero verlo colgar del árbol.

—¿Sabes lo que te digo, Ronald? —intervino el *sheriff* con voz ronca—. Cada día me arrepiento más de haberte concedido esta plaza de ayudante. No podía imaginar que fueses un individuo tan sádico… ¿Qué te ha hecho él, después de todo?

—Es un asesino. Nada más que eso… ¿O es que ha pensado usted que son ciertas sus historias?

El *sheriff* gruñó algo, por lo bajo, que Trevor no pudo entender bien.

Al cabo de un rato de silencio, Ronald gruñó:

—¿Y Luke?

—Lo mandé a casa. Parecía nervioso como un flan. Su mujer está a punto de dar a luz.

A Tony no le interesaba aquel diálogo y se sentó de nuevo en el camastro.

Conforme avanzaba inexorablemente el tiempo, sus esperanzas se desvanecían.

Peter Morrow tenía razón. ¿Cómo se iba a prestar Lydia Howells a facilitarle la fuga? Ella misma se lo había confesado en su casa, amaba a Lee Corey. Y para todo el mundo él, Tony, era el asesino de aquel hombre. Ahora se daba cuenta de cuán estúpida había sido su sugerencia. Aunque, de todas formas, cabía la posibilidad de que Peter Morrow no hubiese ido a hablar con la joven. Morrow, piadosamente, lo había engañado diciendo que le haría ese favor. Morrow tenía que conocer, por fuerza, mejor que él, a los miembros de aquella comunidad, y por lo tanto, habría considerado que su plan no era más que el pensamiento de un loco, de un hombre que estaba a punto de morir en la horca.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por unos golpes que dieron a la puerta principal de la oficina.

—Adelante —dijo la voz del *sheriff*.

Hubo un silencio.

De pronto, Smiler exclamó:

—Buenas noches, Lydia… Ésta sí que es una sorpresa.

CAPÍTULO VIII

—Buenas noches, *sheriff* —saludó Lydia.

Sobrevino otra pausa y luego se oyó la voz de Ronald:

—¿Me buscabas a mí, Lydia?

—No. No he venido a buscarte a ti. Sólo quiero hablar con el preso.

—¿Con el preso? —La voz de Ronald restalló como un latigazo —. ¿Para qué?

—Es asunto mío —respondió la joven.

—¡Te lo prohíbo, Lydia…! —gritó Ronald furiosamente.

—No eres tú precisamente quien puede hacerlo. ¿Me lo permite usted, *sheriff*?

Smiler soltó un gruñido, dejó correr unos segundos y, finalmente, contestó:

—Está bien, muchacha. Vamos allá.

Tony oyó un tintineo de llaves, unos pasos y vio oscilar una luz en el corredor.

El *sheriff* avanzó llevando en una mano una lámpara y en la otra un llavero.

Lydia apareció detrás del representante de la ley.

El *sheriff* metió la llave en la cerradura y la puerta quedó abierta.

La joven dio un paso y se detuvo, mirando a Smiler.

—¿Puede dejarme a solas con él?

Ronald avanzaba por el pasillo y se detuvo sonriendo de aquella forma suya tan peculiar.

—¿Qué es lo que le vas a preguntar, Lydia? ¿Acaso cómo mató a Lee Corey? ¿Lo hizo con un cuchillo? ¿Con una pistola? ¿Golpeándole en la cabeza con la culata?

—¡Basta ya! —rugió Smiler y luego su voz se suavizó—. De acuerdo, Lydia. Te concederé diez minutos.

La joven pasó dentro. Luego, Smiler dejó la lámpara en el suelo y cerró otra vez con llave, alejándose por el corredor.

—Ven conmigo, Ronald.

—¿No quiere que me quede aquí vigilándolos? Escucharé lo que dicen y luego se lo contaré.

—¡He dicho que vengas!

Ronald rió otra vez.

—De acuerdo, jefe.

Los ecos de las pisadas se perdieron cuando el *sheriff* y su ayudante llegaron a la oficina.

Lydia y Tony Trevor se estaban mirando fijamente a los ojos, frente por frente.

—Gracias por haber venido —dijo él.

Ella caminó hacia la ventana, dándole la espalda. Llegada ante el muro, se detuvo y mirando hacia las estrellas, dijo:

—A usted le debe parecer extraño que yo haya acudido a su llamada.

—Confieso que durante los últimos minutos reflexioné en ello y me arrepentí de haber dado mi encargo a Morrow.

Ella se volvió bruscamente.

—Hubiese venido aunque usted no hubiese enviado su mensaje.

Tony frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Las cosas han cambiado en las últimas horas. Cuando Peter Morrow llegó a mi casa hace un rato, yo ni siquiera me había acostado, pensando en usted y en los motivos por los que se encuentra aquí. Seré más clara, señor Trevor… Yo pensé que durante el juicio usted terminaría por confesar su crimen, pero usted insistió una y otra vez en las declaraciones que tenía ya hechas… En lo del cambio del caballo. En lo de la compra del reloj… En la existencia de esos dos individuos que encontró en su camino… Si he de serle sincera, me impresionó, no su tranquilidad, sino el tono que empleaba para dar fuerza a su relato… Empecé a dudar… Pero ello no hubiera bastado. Esta misma noche ha ocurrido algo en mi casa que es verdaderamente lo que me ha impulsado a venir aquí.

—¿Qué es ello, señorita Howells?

—Ronald vino a verme… Serían las diez o las diez y media de la noche. Me di cuenta enseguida de que estaba un poco bebido. Traté de conseguir que se marchase diciendo que me encontraba cansada y que necesitaba dormir, pero él no se dio por aludido… Luego llegó el momento que yo temía. Ronald quiso hacerme el amor. Le rogué que se callase, pero siguió adelante… Intentó besarme y entonces yo le propiné una bofetada… Eso le enfureció… Dijo cosas terribles…

Lydia se llevó la mano a la frente y se apretó las sienes, mientras miraba al suelo. Al cabo de unos segundos volvió a mirar a Tony y prosiguió:

—Dijo que él no opinaba lo mismo que los demás, respecto a la muerte de Lee. Había celebrado mucho su desaparición. Me dijo que él había sentido anteriormente deseos de matarlo y que incluso llegó a pensar en la forma de conseguirlo… Cada vez que veía a Lee a mi lado se sentía corroído por los celos… Me pidió que me casase con él y me aseguró que si me negaba, mataría a cualquier hombre que posase sus ojos en mí.

Hubo una pausa.

—¿Entiende ahora por qué estoy aquí, señor Trevor?

—Sí, creo que sí…

—Para lograr que se marchase Ronald, le prometí que le contestaría en un plazo de dos días… Al quedarme sola pensé en todo lo que me había confesado. En sus deseos de ver muerto a Lee… y luego al recordarlo a usted admití la posibilidad de que todos nos hubiésemos equivocado… Lo van a ahorcar dentro de unas horas… No podía permitir que ello ocurriese… Si más tarde se demostrase que usted no había matado a Lee Corey, bueno, el resto de mi vida hubiese sido un infierno, porque yo hice posible que usted fuese detenido.

—Le agradezco la confianza que depositó en mí.

La joven le dio otra vez la espalda y recogió la falda. Cuando giró de nuevo mostró en su mano una pistola, que alargó a Tony diciendo:

—Aquí tiene un revólver. Espero que haga usted buen uso de él.

Tony alargó la mano y cogió el «Colt».

—Como ya le habrá dicho Peter Morrow, pienso ir a El Paso. Si

tengo suerte, encontraré allí a los dos tipos que probarán mi declaración. Le daré noticias en cuanto pueda.

—No voy a esperarlas, señor Trevor.

—¿Qué quiere decir?

—Que voy a ir con usted.

—¡No puede estar hablando en serio!

Ella meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, señor Trevor. Estoy hablando completamente en serio.

—¡Es absurdo!

—Yo le facilito a usted la fuga. Me hago culpable de un delito. Puedo alegar las razones que me han impulsado a ello, pero ¿qué cree que ocurriría? El *sheriff* me quiere mucho. Era muy amigo de mi padre y cuando él murió, Smiler ocupó en cierto modo su lugar. Lo pondría en el disparadero si me quedase yo aquí. Usted ha dicho antes que agradecía la confianza que deposito en usted. Yo solamente le ruego que se haga merecedor de esa confianza. Ahora tiene un revólver en la mano. Si usted, a pesar de todo, mató a Lee Corey, dígamelo ahora. El arma que esgrime le puede facilitar de todas formas la huida.

Hubo una prolongada pausa, pero ellos siguieron mirándose.

—Yo no maté a Lee Corey, Lydia —declaró Tony.

—De acuerdo. Yo voy con usted. Una vez que pruebe su inocencia, usted podrá seguir su camino y yo viviré tranquila en Palo Verde.

—¿Y su madre?

—He dejado a una vecina en casa para que la cuide.

Se oyeron unos pasos por el corredor y poco después el *sheriff* apareció en la puerta, diciendo:

—Acabaron los diez minutos, Lydia.

Tony estaba de espaldas a la puerta, con el revólver junto al estómago.

La joven miró a Trevor y echó a andar hacia la puerta.

Smiler metió la llave en la cerradura y la hizo girar.

Lydia salió fuera e inmediatamente Tony se volvió y apuntó con su arma a Smiler.

—¡Silencio, *sheriff*! Me es usted un tipo simpático pero si se convierte en un obstáculo, no tendré más remedio que disparar.

Smiler contempló el revólver y luego miró a Lydia. Fue a decir

algo, pero se quedó con la boca abierta.

—Pase dentro, *sheriff* —ordenó. Tony.

Smiler bajó la cabeza y entró en la celda.

Tony lo despojó rápidamente de sus revólveres y se los metió en el cinturón.

—Podría amordazarlo, *sheriff*, y me evitaría cualquier molestia, pero no lo haré si me promete estarse callado durante los próximos diez minutos. Tendré bastante para sacarles una buena delantera.

—No puedo prometer nada de eso.

—Entonces, póngase de espaldas a la pared… Lydia, ¿quiere romper una de esas sábanas?

Lydia hizo el trabajo rápidamente.

El *sheriff* no opuso resistencia a ser maniatado y amordazado.

Una vez realizada la operación, Tony salió de la celda y dejó la puerta abierta, encaminándose hacia el corredor.

Lydia se quedó junto a la celda.

Trevor avanzó sigilosamente y vio a Ronald sentado ante una mesa, haciendo un solitario con un mazo de naipes.

—¡Arriba, Ronald! —dijo Trevor, apareciendo ante el ayudante.

Ronald pegó un respingo sobresaltado y lo miró con las cejas juntas.

—¿Qué es esto, Trevor?

—Una fuga. Solamente eso. Y usted se va a portar como un buen chico o lo madrugo. Levántese despacio con los brazos en alto, dé media vuelta y camine hacia las celdas.

Ronald se puso en pie, mientras sus ojos llameaban.

—Le ha ayudado ella, ¿eh, Trevor…? ¡Ha sido ella!

—¡Cierre el pico…!

—¡Está condenada…!

Tony le cerró la boca de un zurdazo. Inmediatamente lo despojó de las armas, que dejó sobre la mesa cercana.

—Camine, Ronald, si no quiere ganársela grande.

Ronald echó a andar y Tony fue tras él.

Llegados ante el fondo del corredor, Ronald se detuvo observando a Lydia.

—Así que era esto lo que preparabas, ¿eh, muchacha? Te has enamorado de este tipejo.

—¡No! —exclamó la joven.

—Sí, Lydia. Eso es. Te sorprendí varias veces cuando lo mirabas en el transcurso del juicio… Te ha sorbido el seso.

—¡Ya está bien, Ronald! —dijo Tony, y le pegó un empujón en la espalda, lanzándolo al interior de la celda.

Luego, Trevor dio a Lydia el revólver que esgrimía y en un par de minutos maniató y amordazó también a Ronald.

Por último, el joven salió fuera y cerró la celda con llave.

Hizo una seña a Lydia y echaron a andar por el corredor.

Una vez en la oficina, Tony abrió la puerta y miró al exterior. No había nadie por los alrededores.

—¿Ha traído caballos? —preguntó a Lydia.

—Sí. Están detrás. Los cuida Peter.

Tony sonrió.

—¿También es de la partida?

—Cuando le conté mi plan, dijo que vendría con nosotros.

Salieron fuera y dieron la vuelta al edificio.

Peter Morrow estaba sentado en una piedra sosteniendo las bridas de tres caballos y se puso en pie rápidamente al verlos llegar.

—Todo salió bien, ¿eh?

—Vamos. No podemos perder tiempo. Uno de los ayudantes, Luke, puede presentarse de un momento a otro y entonces la fuga se habría descubierto.

—¿Me ayuda a subir a la silla, Peter? —dijo Lydia.

Tony se dio prisa y puso las manos en la cintura de la joven. Antes de levantarla la miró a la cara y dijo:

—No olvidaré nunca lo que acaba de hacer.

Ella se sintió turbada y desvió los ojos de él.

Entonces, Tony la alzó en vilo y la sentó, en la silla.

Pocos segundos más tarde los tres jinetes corrían a través de la noche, camino de El Paso.

CAPÍTULO IX

Tony Trevor y Peter Morrow penetraron en La Estrella de Plata, de El Paso.

Era el décimo establecimiento que visitaban aquella mañana. Hasta ahora no habían obtenido ningún resultado. Tony había preguntado a una veintena de personas, pero ninguna de ellas le supo dar razón de los individuos por quienes se interesaba.

Habían dejado a Lydia Howells descansando en una habitación del hotel República.

Pidieron sendos vasos de *whisky*. Después de beber un trago, Tony comentó, mientras se echaba el sombrero hacia atrás:

—El asunto se pone mal… Creí que esos dos tipos se encontrarían aquí.

—Bueno, será cuestión de que nos armemos de un poco de paciencia, Roma no se conquistó en un día.

El local estaba a rebosar de público.

Un pianista dejó correr sus dedos por el teclado y una voz empezó a cantar una canción picaresca.

Se descorrió el telón de un pequeño escenario y apareció una rubia apoyada en el extremo de un palco. Su voz no tenía nada de particular, pero instantáneamente el público le prestó la mayor atención.

Poseía un cuerpo hermoso, de sugestivas curvas que hacía resaltar un vestido muy ceñido y generosamente escotado.

La forma de mirar de sus grandes ojos verdes, rasgados, y los gestos con que acompañaba su canción, contribuían grandemente a su éxito.

—¡Infiernos…! —exclamó Peter Morrow—. ¡Ésa es Claudette…! ¡Una buena amiga mía!

Tony bebió otro trago de *whisky* y comentó:

—Debe ser el filón del local… pero también puede serlo nuestro, si lleva mucho tiempo aquí.

—Es cierto, no había pensado en ello. Hace más de un año que debutó. Si los tipos que buscamos están en El Paso, seguro que ella nos podría dar alguna indicación.

Morrow preguntó lo que debían por la consumición y cuando le dijeron que era un dólar soltó una maldición.

—Oye, muchacho. Solamente nos quedan tres dólares. Si no nos damos mucha prisa en echar el guante a alguno de esos fulanos, las vamos a pasar muy negras.

La rubia cantante descendió por una pequeña escalera al *saloon* y serpenteó entre las mesas lentamente, haciendo oír su canción.

Peter Morrow levantó una mano y le hizo un saludo, al que la joven correspondió con una sonrisa. Sus ojos se detuvieron un instante en la figura de Tony Trevor.

Terminó su interpretación en medio de una salva de aplausos.

Unos cuantos clientes le tendieron la mano invitándola a que se sentase a las mesas. Pero ella eludió todas las ofertas y se acercó al lugar en que se encontraban Morrow y Tony Trevor.

Peter la cogió del desnudo brazo y, sonriendo, le dijo:

—¿No pasas frío, pequeña?

Ella rió fuerte.

—Siempre con tus bromas, ¿eh, Peter? ¿Cómo están las celdas en Palo Verde?

Morrow soltó una gran carcajada y la mujer lo imitó.

Cuando ambos guardaron silencio, Peter señaló a Trevor y dijo:

—Te presento a mi amigo Tony. Un gran tipo.

—Mucho gusto, Tony —dijo ella, tendiendo una mano al joven.

—La felicito por su actuación —murmuró Trevor—. Fue de todo lo bueno, lo mejor.

Morrow carraspeó.

—Tony está en un apuro. Ha venido buscando a El Paso a dos tipos que le deben algún dinero. Pero él no conoce a mucha gente aquí y, bueno, tú ya sabes que yo tampoco soy muy buen fisonomista… Hemos pensado que nos podrías servir de ayuda.

La rubia miró a Tony.

—¿Conoce sus nombres?

—No. Pero le puedo dar una buena descripción de ellos —a continuación Tony señaló las características de los dos sujetos con quienes había hecho el negocio que más tarde, en Palo Verde, le había llevado a la ruina.

Cuando hubo enmudecido, Claudette se mantuvo un rato pensativa, mordiéndose el labio inferior. Por fin dijo:

—Creo que los conozco. Esos tipos no pueden ser otros que Ray Jackson y Spencer Murray. Ray es el de la cicatriz en la barbilla. Por lo que he oído, están reclamados en un montón de sitios.

Peter sonrió, diciendo a Tony:

—Ya te decía yo que ella nos serviría.

Tony se humedeció los labios con la lengua.

—¿Los ha visto últimamente, Claudette?

—Anoche mismo vinieron por aquí. Pero, sinceramente, no puedo decirle dónde se alojan. Tendrá que esperar a que vuelvan esta noche.

—Es una pena. Estoy interesado en liquidar mi asunto con ellos en el menor plazo posible.

—Espere un momento —dijo Claudette—. Voy a preguntar a un amigo.

La rubia se separó de ellos y caminó hacia una mesa donde un hombre sostenía amigable conversación con una joven pelirroja.

Claudette invirtió tres minutos en regresar al lado de Tony y Peter.

—Bueno, creo que están las cosas un poco más claras —declaró, poniendo los brazos en jarras—. Jackson y Murray están en el hotel del Buen Samaritano. Sólo tienen que salir a la calle y seguir hacia la derecha. Es la penúltima puerta antes de llegar a la plaza.

—Gracias, Claudette. ¿Quieres tomar algo?

La rubia lo miró fijamente a la cara y dijo, abanicando las pestañas:

—Ahora, no, pero si esta noche tiene un rato libre le aceptaría algo… de bebida.

—Quizá tenga ese rato libre. Hasta luego.

Peter fue a ir detrás de él, pero Tony lo detuvo cerca de la puerta.

—No vas a venir. Has hecho bastante por mí. Espera aquí los resultados.

—Está bien, como quieras.

Tony le dirigió una sonrisa y le palmeó la espalda, saliendo a continuación del establecimiento.

Minutos más tarde el joven penetraba en el Buen Samaritano.

Estaba cruzando un patio de guijarros con una fuente en el centro, cuando vio al fondo a Ray Jackson, el de la cicatriz en el mentón, sentado a una mesa ubicada bajo un arco.

Jackson no estaba solo. Le acompañaban tres hombres con quienes jugaba una partida de póquer.

Tony echó a andar despaciosamente. Pudo ver a los tres individuos, pero ninguno de ellos era Spencer Murray.

Uno de los desconocidos volvió la cabeza rápidamente e hizo una mueca de fiereza mientras miraba a Tony.

—Eh, usted. ¿Es que no se da cuenta de lo que hace? Nos está quitando la luz.

En aquel instante, Ray Jackson levantó la mirada y al ver a Tony, sus ojos se entrecerraron.

—Perdonen, amigos —dijo Trevor—. Me he acercado solo para preguntar si a alguno de ustedes le interesaría cambiar mi caballo por el suyo.

—¿Qué es lo que está diciendo? —retrucó el que primero había hablado—. No nos interesa ningún cambio de caballos. Busque por otra parte un cliente.

Tony miró fijamente a Ray Jackson.

—¿Y a usted? ¿No le interesa a usted el cambio?

Las pupilas de Jackson centellearon.

—Quizá me atraigan las condiciones —murmuró y se puso en pie.

—¡Eh, Ray! —protestó el que no deseaba cambiar su caballo—. ¿Es que te vas a marchar ahora que nos estás ganando treinta dólares?

Jackson abrió y cerró el puño y de pronto lo descargó contra la cara de su compañero.

El agredido cayó hacia atrás en la silla y se golpeó contra la columna que había cerca. Quedó en el suelo, inmóvil, sin sentido.

Ray abrió y cerró otra vez la mano, sonriendo a Tony.

—Hay tipos que se lo creen, ¿sabe, amigo? Con ellos hay que tener mano dura.

—Es un buen sistema —asintió Tony.

—Ahora hablaremos de ese cambio que usted propone… ¿O se le han quitado las ganas ya?

Tony meneó la cabeza en sentido negativo.

—No… sigo pensando que usted y yo podemos llegar a un acuerdo.

Jackson se frotó una mano contra otra.

—Está bien. Pasemos dentro del bar.

Echó a andar y Tony fue tras él.

Pasaron a una sala a cuya izquierda se alargaba un mostrador.

En el local había quince o veinte hombres, casi todos ellos mexicanos, y media docena de mujeres. Se oían las voces de borracho, gritos destemplados, maldiciones y juramentos.

Ray Jackson se acodó en el mostrador y se pasó una mano por la crecida barba, mientras observaba el rostro de Tony.

—¿No le gustó nuestro potro?

—Era un buen animal —convino Tony—. Pero tenía un pequeño defecto.

—¿Sí?

—Su legítimo dueño había sido muerto recientemente.

Ray Jackson parpadeó y se echó a reír, rascándose la cicatriz del mentón.

—Eso es bueno, amigo —declaró—. De modo que le pescaron.

—Usted y Murray sabían perfectamente que me iban a pescar. Por ello me propusieron el cambio de cabalgadura.

—¿Qué cuento es ése? Es como si me hablase en chino.

Jackson hizo una señal al hombre que había detrás del mostrador, quien escanció *whisky* en dos vasos que puso delante de ellos.

—Yo no hablo chino, Jackson —dijo Tony—. Hablo inglés como usted. Y cuando no se me entiende, también echo mano a mis propios procedimientos.

Jackson frunció las cejas sin dejar de sonreír, cogió el vaso que le pertenecía y apuró su contenido en un solo trago. De pronto se puso a toser y dio la vuelta retorciéndose espasmódicamente.

Cuando giró otra vez, enfrentándose con Tony, tenía un revólver en la mano izquierda y una sonrisa en los labios.

CAPÍTULO X

—Mire cuáles son mis procedimientos, señor Trevor —los ojos de Jackson eran tan brillantes como los de un zorro—. No hubo ataque de tos. Mis pulmones son buenos. Sólo quería sorprenderlo.

—Y lo ha conseguido.

El rostro de Jackson se endureció.

—¿Por qué ha venido a El Paso?

—Escapé de una celda cuatro horas antes de que me fuesen a ahorcar.

—¿Es posible? —dijo Jackson, con su cara más ingenua.

—Sí, Jackson.

—¿Qué es lo que hizo en Palo Verde? ¿Robó al alcalde? ¿Secuestró a la hija de algún probo ciudadano? ¿Se llevó la colecta de la iglesia episcopal?

Nadie parecía haberse dado cuenta de la escena hasta entonces, pero en aquel momento, un mexicano volvió la cabeza y dijo:

—No gastes plomo, mano, que está muy caro. Pínchalo con eso —arrojó un cuchillo, que fue a caer entre los dos hombres que se enfrentaban.

—¿Lo oyó, Trevor? Pancho opina que muchos hombres no valen el plomo que se gasta en ellos.

Tony miró la punta de sus botas y luego otra vez a Jackson.

—Escuche, Ray. Sólo pretendo conocer el nombre de la persona que les pagó a ustedes por realizar su trabajo.

—Oh, usted se refiere al tipo que nos pagó por recolectar patatas hace cosa de una semana en Santa Cecilia… ¿O quizá se trata del fulano que nos dio comida durante tres días por arreglarle las goteras de la casa? ¿Cuál de ellos, señor Trevor?

—Me interesa solamente el nombre del que les pagó a ustedes

para que matasen a Lee Corey.

—¿Lee Corey? ¿Quién es Lee Corey?

—Lo sabe bien. El hombre que llevaba el dinero de la Anaconda desde Santa Fe a Palo Verde. Era el dueño del caballo que ustedes me entregaron a cambio del mío.

—¿Es posible? Hay verdaderas casualidades en la vida. ¿Verdad, señor Trevor?

—¿Llama usted también casualidad al hecho de que los veinte dólares que me dieron por mi reloj formasen parte de la remesa que Lee Corey debía entregar unos días antes al representante de la Anaconda en Palo Verde?

—¡Santo cielo! ¿Está hablando en serio?

—Ustedes lo prepararon todo bien. Cuando yo me los topé en el camino estaban buscando un primo. Usted y Murray sabían que su plan tendría que dar por fuerza resultado. El caballo de Corey era muy bueno. Nadie se hubiese resistido a aceptarlo a cambio del que montase. Y veinte dólares por el reloj era un precio más que razonable, teniendo en cuenta que había costado siete.

—¿Adónde quiere ir a parar, Trevor? ¿Al infierno quizá?

—Quiero el nombre y he venido aquí a buscarlo.

—¡Usted está loco! Y los locos terminan muy mal siempre, señor Trevor. ¿Sabe que le puedo pegar un tirito y quedarme tan fresco? Aquí cada uno hace lo que quiere. Es una ciudad sin ley, señor Trevor. Debió tenerlo en cuenta cuando se atrevió a dejarse caer en El Paso.

—Supe adonde venía.

—Pues entonces yo le diré lo que va a hacer. ¿Sabe rezar?

—Aún me acuerdo de algo.

—Pues rece, porque es lo último que va a hacer. Luego… —Jackson hizo una pausa e hizo chasquear los dedos—, se irá de este mundo.

Tony señaló el vaso de *whisky* que había sobre el mostrador.

—¿Puedo beber antes?

—Desde luego. Y además, yo le invito.

Tony alargó la mano para coger el vaso.

De repente, arrojó el *whisky* sobre la cara de Jackson. Su mano izquierda no estuvo ociosa. Golpeó con fuerza la muñeca armada de su enemigo.

Jackson lanzó un aullido y bajó el brazo sin soltar el arma.

Entonces el puño derecho de Tony se estrelló contra su mandíbula con una fuerza irresistible.

Los clientes del local volvieron la cabeza al oír el estrépito que armaba Jackson cuando caía sobre un montón apilado de pequeños toneles vacíos que había en un rincón.

El revólver había quedado lejos de él, en el suelo.

Tony se pudo dar cuenta de que se las veía con un enemigo de cuidado. Jackson, a pesar del golpe recibido, se levantó como un rayo, cogió un tonel y lo arrojó contra Tony. Éste se agachó y el tonel se estrelló contra una mesa, convirtiéndola en astillas.

El dueño del local se cogió la cabeza con las manos.

—¡Por la Virgen de Guadalupe! ¡No empiece otra vez, señor Jackson!

El forajido estaba ahora inmóvil, con los brazos separados del cuerpo, mirando con ojos llameantes a Tony.

—¿Por qué no saca el revólver, Trevor? ¿Es que no lo ve? Estoy desarmado.

—Ya sé que está desarmado, Jackson, pero a mí no me interesa matarlo. Lo quiero vivo. Muerto no me sirve para nada.

—¿De modo que es eso? Me quiere vivo para llevarme a Palo Verde. Quiere que alguien ocupe su puesto en la horca, ¿no?

—Lo ha acertado, Jackson. Usted y su amigo serán los que dancen debajo del árbol y no yo.

—Es usted bastante torpe. Nunca conseguirá eso.

En aquel momento, por la puerta aparecieron los tres hombres que Tony había visto en compañía de Jackson en la mesa del patio. Los tres se detuvieron en el umbral, observando la escena.

Jackson se echó a reír.

—¡Eh, muchachos…! Ese tipo me quiere buscar las cosquillas. Me pilló descuidado y me quitó el revólver. Enseñadle de qué forma se convierte a un tipo en un colador.

Los tres pistoleros corrieron las manos a la funda a un tiempo y empezaron a sacar el revólver, pero mucho antes de que el primero de ellos lo pudiera conseguir, el «Colt» de Trevor rugió espasmódicamente en su diestra.

Uno de los tipos, el que estaba más próximo a Ray Jackson, recibió una onza de plomo justo entre los ojos. Soltó un ronquido

como una res herida y se vino abajo, inclinando la barbilla sobre el pecho.

El que estaba en el centro tenía la boca abierta y eso fue algo que no debió hacer, porque la bala le entró por allí zumbando como una locomotora, que se hubiese internado por un túnel. Chocó contra el paladar y la cabeza estalló como un cohete del cuatro de julio. También se abatió hacia atrás y golpeó con las espaldas la puerta, rodando fuera del establecimiento.

El tercero se quedó asombrado contemplando el agujero pequeño, insignificante, que había aparecido en su pecho un poco más arriba del corazón y cuando vio la sangre que salía por él, murió del susto.

Ray Jackson contempló los tres cadáveres y miró a Tony con los ojos desorbitados.

—¿Qué…? ¿Qué ha hecho?

—Es mi tarjeta de presentación.

Jackson tragó saliva.

—¿Qué le parece si le entrego doscientos dólares y me deja en paz?

—No, Ray. El dinero esta vez no me sirve de nada. Usted ya sabe lo que quiero y me lo va a decir, aunque tenga que arrancarle la piel a tiras… ¡Acérquese!

Se había hecho un impresionante silencio en el local. El mexicano que había arrojado antes el cuchillo a Jackson para que pinchase a Tony estaba acurrucado en la silla, escondido el rostro bajo el ancho sombrero, en previsión de que el joven americano le exigiese cuentas por su oferta.

Jackson dio tres pasos hacia adelante, aproximándose a Tony.

—El nombre, Jackson.

Ray sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor que le caía por la frente.

—Está bien, amigo, usted gana.

De repente, sonó un estampido por detrás de Tony y una bala le rozó la oreja.

Se arrojó al aire hacia un lado, al tiempo que se retorcía.

Antes de tocar el suelo vio cómo brotaba una llamarada de un revólver que asomaba por una ventana y también vio el rostro del hombre que esgrimía el arma. Era el compañero de Jackson,

Spencer Murray.

Tony apretó el gatillo, pero sabía que su bala no daría en el blanco, porque su postura era muy forzada. Por añadidura, en este momento su cuerpo golpeó contra el suelo.

Cuando pudo recobrarse, vio que en la ventana no había nadie.

Se puso en pie como una centella y corrió hacia la puerta, pero desde el patio le hicieron dos disparos y tuvo que detenerse.

Entonces se acordó de Ray Jackson. Volvió la cabeza y lo vio trastabillar alargando las manos para asirse a algo que le impidiera caer.

Tony supo que el segundo disparo había sido dirigido al forajido.

Jackson giró sobre sus talones y Tony pudo observar el boquete que tenía en el estómago.

—¡El nombre, Ray! —le pidió anhelosamente.

Ray se detuvo encogiéndose mientras su rostro era surcado por una mueca de dolor. Miró fijamente a Trevor, abrió los temblorosos labios para decir algo, pero de pronto arrojó una bocanada de sangre, emitió un suspiro y se desplomó en el suelo, donde quedó inmóvil.

Tony avanzó hacia él y le dio la vuelta.

—¡Jackson…! ¡Jackson…!

No hubo respuesta, tenía los ojos cerrados. Le puso una mano en el corazón y se dio cuenta de que había dejado de existir. Entonces se puso en pie y rompió el impenetrable silencio dirigiéndose al dueño del local.

—¿Dónde puedo encontrar a Spencer Murray?

El interrogado parpadeó unas cuantas veces y por fin se encogió de hombros.

—No lo sé… Le aseguro que no lo sé. Dormían aquí los dos, pero ahora no tengo idea de adonde Murray se puede dirigir.

Tony Trevor hizo una mueca de rabia y con el revólver en la mano dio media vuelta y abandonó el local.

En el patio no había nadie.

Salió a la calle y miró hacia arriba y abajo.

Por allí pasaba mucha gente, pero sabía que no adelantaría nada preguntando.

Spencer Murray había desaparecido y quizá le iba a costar un

poco de trabajo encontrarlo.

Echó a andar en dirección al *saloon* La Estrella de Plata. Sus labios se encogían en un rictus de amargura.

Capítulo XI

Tony Trevor terminó de contar a Lydia Howells el relato de todo lo que había ocurrido en el hotel del Buen Samaritano.

La joven dio un suspiro y comentó:

—Ha sido una verdadera lástima, Jackson le hubiera servido para probar su inocencia.

—Lo mismo puedo conseguir de Murray.

—Pero a estas horas él debe estar muy lejos de El Paso.

—No lo creo así.

Lydia enarcó las cejas.

—¿Por qué? ¿Qué razones tiene para creer que Murray se va a quedar aquí después de lo ocurrido?

—Existe una importante. La muerte de Jackson.

—No le comprendo.

—Murray me dirigió la primera bala, pero la segunda estaba destinada a su compañero Jackson. Pensemos un poco con la cabeza. ¿Por qué infiernos le tenía que matar? Esa clase de gente no concede importancia al hecho de que sean reclamados en un sitio o en otro por los delitos que cometieron. No podía matar a Jackson para evitar que su nombre apareciese en un nuevo requerimiento. Murray debe tener una buena colección de ellos.

—¿Por qué cree, entonces, que lo mató?

Tony se frotó la nuca mientras paseaba por la habitación.

—Ellos protegían a otra persona. La que les pagó para que realizaran su trabajo.

—Pero nosotros sabemos que esa persona es Ronald Donovan.

Tony se detuvo observando a la joven.

—¿No tenía más enemigos Lee Corey en Palo Verde?

—Yo no conozco a nadie más. Y aseguraría que no existe

ninguno, aparte de Ronald.

—Es extraño.

—¿Por qué dice eso?

—He conocido a Ronald en el curso de estos dos últimos días y su forma de hablar respecto al asunto me ha impresionado. Durante nuestro viaje a El Paso he tenido tiempo de reflexionar. Cuando Ronald se presentó en su casa borracho, se refirió a Lee Corey diciendo que había sentido deseos de matarlo, que celebraba que estuviera muerto y que él mismo lo hubiese liquidado de buena gana.

—Sí.

—No es la forma de hablar de un asesino, máxime cuando se encuentra bajo los efectos del alcohol.

—Todo el mundo quería a Lee.

Trevor miró fijamente a la muchacha.

—Eso ya me lo dijo antes.

Las mejillas de Lydia enrojecieron.

Hubo un silencio, que rompió Tony diciendo:

—No me haga caso. Los últimos acontecimientos me han afectado bastante y doy rienda suelta a mis pensamientos. Lógicamente, tal como conocemos nosotros las cosas, Ronald fue el hombre que pagó a Murray y a Jackson.

—Dijo usted antes que Murray no se irá de esta ciudad.

—Puedo equivocarme, pero es una corazonada. De todas formas, he dejado a Peter en el Buen Samaritano, por si acaso regresa. Murray tiene allí el caballo.

El balcón de la habitación estaba abierto. Empezaba a ocultarse el sol y el cielo era una combinación de colores, rojo, amarillo, verde y azul.

Tony hizo un movimiento de cabeza.

—Quería que estuviese informada. Ahora me tengo que marchar.

—¿Adónde va?

—Hablaré de nuevo con la mujer que me dio la dirección de Murray y Jackson.

—¿Es… bonita?

—Sí, mucho.

Lydia se volvió, dándole la espalda al joven, y miró al

firmamento.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé. Será mejor que no me espere levantada. Trate de dormir.

—Sí. Ahora me acostaré.

De pronto, en la calle sonó un disparo.

Lydia lanzó un grito sobresaltada.

Tony corrió hacia ella y la cogió del brazo, atrayéndola hacia sí.

Sonó otro disparo.

Entonces, Tony sacó el revólver.

De la calle partió una maldición y un hombre empezó a chillar en castellano.

—¡Si te veo otra vez rondar a mi mujer, te mato, José! No me contentaré con tirar al aire.

Tony distendió los labios en una sonrisa y volvió el revólver a la funda. Miró a Lydia. Ella también tenía el rostro vuelto hacia él. Sus labios estaban separados tan sólo por una distancia de unas pulgadas. Respiraban el mismo aire. Tony la seguía abarcando por la cintura. Sintió que sus sienes latían con violencia.

Entonces la apretó más contra sí y la besó en la boca.

Lydia no trató de desasirse. Cuando separó los labios, él dijo:

—No quería estar tan cerca de ti, porque sabía que este momento llegaría.

—Por favor, cállese.

—No me puedo callar ahora. Es necesario que lo sepas. Te quiero, Lydia.

—Por favor —repitió ella y trató de apartarse de él.

Tony la retuvo cogiéndola de un brazo. Aplastó su cara contra el negro cabello y le habló al oído.

—No trates de engañarte a ti misma. Quieres mantenerte fiel al recuerdo de Lee Corey… Pero él ya no existe… No puedes sacrificarte por él.

Ella se desasió de un tirón y se volvió.

—¿Qué clase de mujer soy yo que puedo cambiar tan fácilmente de sentimientos?

—Hay una sola respuesta para esa pregunta. Tú no querías realmente a Lee Corey.

—¿Cómo lo puedes saber tú? —lo tuteó ella por primera vez—.

Dices eso para justificar lo que a mí me resulta injustificable.

—No, Lydia. Siempre existen unas razones… unos motivos… y por lo tanto, también los hay para explicar tus sentimientos hacia Lee Corey.

—¡Pero si tú ni siquiera le conocías!

—Me he hecho una idea de él con todo lo que me habéis contado. Tú, el *sheriff*, Peter Morrow. Ahora ya sé cuál es tu situación en ese pequeño mundo de Palo Verde… Corrígeme si me equivoco. —Tony hizo una pausa y prosiguió—: Lee Corey era un hombre temido en Palo Verde. He conocido a otros como él en un sinfín de lugares. Impuso respeto por su habilidad con el revólver, pero a ello añadía otra cosa importante, su fortaleza, sus puños. El *sheriff* me ayudó a completar la historia. Una de las noches que pasé en la cárcel vino a mi celda y yo le pregunté acerca de Corey y de ti… Me contó que Lee Corey había pensado en hacerte su mujer desde que tú tenías catorce o quince años y que, a partir de entonces, no hubo un muchacho en la comarca que se acercara a ti… En las fiestas, tú siempre estabas con Lee Corey, y cuando él faltaba por alguna razón, te sentabas en una silla junto a las mujeres casadas, y no había un solo joven que te sacase a bailar. Tú eras hermosa, Lydia. Muchos desearían enlazarte por la cintura… Probablemente, todos, pero ellos temían a Lee Corey y empezaste a conformarte con tu destino. Tú eras como una res marcada. Llevabas encima de tu piel las iniciales de Lee Corey. Probablemente, alguna vez sentiste deseos de rebelarte contra un futuro en el que tú no habías decidido para nada, pero tu voluntad de resistencia fue desvaneciéndose poco a poco… y llegó un día en que pensaste que querías verdaderamente a Lee Corey, que estabas enamorada de él. Pero no era así, Lydia. Tú solamente creías amarle y hasta es posible que, inconscientemente, hicieses verdaderos esfuerzos por conseguirlo…

Los ojos de la joven estaban cubiertos de una pátina húmeda.

—Cállate Tony.

Él avanzó hacia ella y la cogió fuertemente por los brazos, manteniendo la mirada fija en su cara.

—Tienes que convencerte de una vez… Lee Corey te obligó solamente a soportarlo. No eras libre cuando le diste el consentimiento para ser su mujer. Tú estabas pasando un calvario y

por ello deseabas terminar de una vez, ser su esposa. Para ti el matrimonio con él era un descanso y por ello, cuando te enteraste de que yo era el supuesto asesino, reaccionaste de aquella forma. Cogiste el rifle para matarme… Habías llegado a convencerte de que querías a Lee y allí en tu casa, estando yo contigo, sobrevino una explosión en tu cerebro. Tus nervios estallaron. Realmente la desaparición de Lee era para ti una liberación, pero no lo supiste calibrar en los primeros momentos y por ello reaccionaste de aquella forma histérica, queriendo matar al hombre que tú creías el asesino de Lee.

Lydia hundió la barbilla en el pecho y estalló en un profundo sollozo.

Él la apretó contra sí, furiosamente, y la besó en los cabellos.

—Ahora ya ha pasado todo.

Ella mostró su rostro bañado en lágrimas y dijo:

—No me dejes sola, Tony.

—Es necesario que me vaya —sonrió—. ¿Es que no recuerdas a qué vinimos aquí?

—¿Y si te mataran, Tony? Han estado a punto de hacerlo. Lo intentarán otra vez.

—Soy duro, querida… No lo conseguirán fácilmente… Sobre todo, cuando tengo una razón más para vivir.

—Tengo miedo, Tony. Es algo que no puedo evitar.

—Me iré ahora mismo, cuando vuelva otra vez, ya no me apartaré de tu lado.

De pronto, sonó detrás una risita y una voz dijo:

—No habrá otra vez, Tony Trevor.

Los dos jóvenes giraron sobresaltados y vieron, allá en el umbral, a Ronald Donovan, el cual, la cabeza ligeramente ladeada, enseñaba los dientes esgrimiendo una pistola en la mano derecha.

CAPÍTULO XII

Tony Trevor bajó la diestra hacia su funda, pero en ese momento la voz de Ronald lo amenazó:

—Un movimiento más con esa mano y aprieto el gatillo, Trevor.

La joven quedó quieta.

—¡Sepárate de ella!

Lydia trató de mantenerlo a su lado, pero Tony se desasió y retrocedió dos pasos.

—¿Qué vas a hacer, Ronald? —preguntó Lydia.

El ayudante del *sheriff* de Palo Verde se echó a reír otra vez y cerró la puerta a sus espaldas con un fuerte golpe.

—Trevor es un fugitivo de la ley. En las presentes circunstancias, puedo partirle el corazón de un balazo sin ninguna responsabilidad.

—¡No lo harás! —exclamó la joven.

—¿No? ¿Quién me lo va a impedir? —Los ojos de Ronald brillaron enfebrecidos—. Si yo me presento en Palo Verde con su cadáver, seré objeto de un homenaje… Y ocurrirá algo más que eso. En las próximas elecciones, Ronald Donovan será el *sheriff* de la ciudad. Smiler ya está viejo. Le dije que vendrías a El Paso y él no tuvo ánimos para dejarse caer por aquí… Tuve que hacer el viaje yo solo. ¿Te das cuenta, preciosa? En esta situación…

—¡No puedes matarlo a sangre fría!

—Oh, no. Claro que no, sobre todo estando delante de una dama como tú. Pero eso tiene fácil solución. Me lo llevaré de aquí y en el camino de regreso siempre habrá una oportunidad…

—¡Si le matas, diré en Palo Verde la verdad!

—¿Quién te va a creer, preciosa? El asesino de Lee Corey se escapó de la cárcel con tu ayuda. Tú fuiste su cómplice. ¿Verdad que es divertido?

Tony comprimió los labios con fuerza.

—¡Eres un inmundo reptil, Ronald! —le increpó.

—Solamente un hombre que se amolda a las circunstancias. Llevo mucho tiempo esperando una oportunidad… Tú lo sabes, ¿verdad, Lydia? Siempre esperando. Durante muchos años me he conformado con el papel de segundón, de suplente, de eterno aspirante… He ambicionado dos cosas en Palo Verde. La estrella de *sheriff* y la posesión de una mujer que me quita el sueño, de Lydia Howells… Pero las dos plazas estaban ocupadas. La estrella por Smiler y Lydia por Lee Corey… Eran mis dos más fuertes deseos y no los podía tocar siquiera con los dedos. Parecía que estaban muy lejos de mí, pero ahora los voy a convertir en realidad al mismo tiempo… ¡Tendré la estrella de *sheriff* y a Lydia Howells!

Tony dio un paso para lanzarse sobre Ronald.

Pero éste le encañonó y Tony se mantuvo quieto.

—¿No te gusta la idea, Trevor?

—Dame una oportunidad para sacar el revólver y te contestaré.

—¿Me crees tan loco? No, Tony, no voy a correr ningún riesgo contigo… ni con nadie… Es la hora de mi triunfo.

Lydia lo miró con ojos llameantes de furia.

—¿No te has preguntado si yo debía dar mi consentimiento a ese plan que has forjado?

—No tienes opción, muchacha. Ni siquiera voy a intentar llevarte por la fuerza a Palo Verde. Sé que volverás. Allí tienes a tu madre. Ella es una inválida y no puedes abandonarla.

—Aunque así sea, no me casaré contigo.

—Conozco unas cuantas formas de conseguir que cambies de idea. Sería muy lamentable que a una inválida le ocurriese algo.

—¡Eres un canalla, Ronald! —exclamó Tony.

—Ya te desahogarás por el camino, Trevor. Vuélvete de espaldas. Eres un tipo peligroso cuando llevas los revólveres en el cinturón y ya te he dicho antes que no quiero correr ningún riesgo… Vamos, da la vuelta con los brazos en alto.

Tony giró sobre sus talones.

Donovan se acercó a él rápidamente y lo despojó de sus armas, que metió en su cinturón.

—Adelante, Trevor.

Echaron a andar hacia la puerta y, de pronto, Lydia exclamó:

—¡Espera un momento, Ronald!

Donovan se hizo a un lado para poder oír a Lydia, sin perder de vista a su prisionero.

—¿Decías algo, querida?

—Consentiré en ser tu esposa con una condición.

—¿Cuál?

—Que dejes libre a Tony.

Ronald Donovan rompió a reír nuevamente.

—No, pequeña. No puedo aceptar esa condición. Uno no puede hacer ciertas claudicaciones y, además, vas a ser mi mujer sin que yo esté obligado a respetar ninguna condición tuya. Sé que regresarás enseguida a Palo Verde… Allá nos veremos.

Donald hizo una señal con el revólver a Tony para que saliese de la habitación.

Tony esperó una coyuntura favorable para arrojarse sobre su verdugo, pero Ronald estaba ya sobre aviso y no le concedió ninguna oportunidad.

Media hora más tarde abandonaban El Paso a caballo y emprendían el camino de vuelta a Palo Verde.

Apenas estuvieron alejados dos millas de la ciudad, Ronald obligó a Tony a detenerse.

Empezaban a caer las primeras sombras de la noche. El lugar estaba solitario. Era un terreno salpicado de cactos que parecían manos gigantescas que se elevasen al cielo brotando de la tierra. Un poco más allá, Trevor vio un conglomerado de rocas.

—Baja del caballo, Trevor —ordenó Ronald.

Tony lo miró con las cejas fruncidas, pero finalmente acabó por obedecer.

Ronald también saltó de la silla.

Ambos se enfrentaron. El ayudante con el revólver en la mano.

—He decidido que hagas un viaje más descansado, Trevor.

—¿Sí?

—Te pegaré un balazo y podrás dormir tranquilo. No volverás a sufrir.

—Eres muy generoso, Ronald.

—Me alegro de que te guste.

De repente, Trevor lanzó un puño contra la cara de su enemigo.

Ronald salió lanzado hacia atrás, pero no soltó el revólver, sino

que apretó el gatillo.

La bala pasó por encima de la cabeza de Trevor.

Éste se dio cuenta de que no podía caer sobre Ronald, porque antes de que lo pudiese tocar, sería muerto por un proyectil.

Llegó a esa conclusión en diez décimas de segundo y entonces echó a correr hacia las rocas que había visto antes.

Se oyó detrás de él la risa sarcástica de Ronald.

—¿Por qué corres, Trevor? No te va a servir de nada.

Hizo otro disparo en el momento en que Tony se arrojaba al aire buscando la protección de una de las rocas.

El proyectil silbó siniestramente, arrancándole el tacón de la bota derecha.

Se acurrucó en su refugio y se mordió el labio inferior con fuerza, porque pensó que, tal como estaban las cosas, tenía muy pocas posibilidades de escapar de allí con vida.

La voz de Ronald se hizo más clara:

—Es lo más divertido que me ha ocurrido en mi vida. ¿Dónde estás, Trevor?

El viento soplaba desde el desierto arrancando suaves aullidos a las aristas de las rocas.

Tony echó una ojeada a sus espaldas y decidió que debía cambiar de lugar. Se puso de rodillas y gateó hacia arriba.

Se apretó contra el suelo cuando oyó otro estampido. El proyectil rebotó en la piedra y cambió la dirección. Unas cuantas esquirlas de granito se clavaron en su cara y sintió resbalar la sangre por su mejilla.

—¡Tengo muchas balas…! —gritó Ronald desde abajo—. ¡No puedes escapar, Trevor…! Y palabra que te agradezco que te hayas subido ahí arriba. Será la partida de caza más emocionante en que haya intervenido en mi vida.

Tony soltó una maldición para sus adentros.

Él era la presa que Ronald tenía que cobrar. Su comparación no podía ser más exacta.

Oyó los pasos del cazador cuando empezaba la ascensión.

Rápidamente giró la cabeza de un lado a otro buscando un lugar más favorable como escondrijo.

Más arriba había dos rocas separadas por un estrecho desfiladero.

Rápidamente se puso en pie y corrió en zigzag.

Contó con que Ronald cometería un error, el de creer que subiría dejando a la derecha la roca superior. Era cuestión de cara o cruz.

Una bala atravesó la camisa a la altura del hombro y sintió arder su piel.

Giró bruscamente hacia la izquierda, justo como si fuese a emprender la subida y se coló en el desfiladero, tirándose al suelo y rebotando como una pelota.

El pasadizo tenía un par de yardas de largo y cuando llegó al otro lado dobló a la derecha y se mantuvo quieto.

Esperó unos minutos y luego sonrió al oír a Ronald.

—¡Maldito perro! ¡Sucio cobarde! ¡No vas a conseguir nada con tus tretas!

Pero Tony dio un suspiro.

Ahora su situación había mejorado ligeramente. Lo comprobaba observando las rocas que tenía a la izquierda, casi cortadas a pico.

Ronald no se atrevería a ascender por allí, ya que a Tony le resultaría fácil destrozarle la cabeza con una de aquellas piedras.

Ronald se debía haber detenido pensando en la forma de echarle mano.

Asomó la cabeza por el corredor y arrugó el entrecejo al no verlo.

Trató de imaginar dónde podría encontrarse. Vio las cosas claras. Ronald lo atacaría por la parte superior. Entonces, sin ninguna precaución por ampararse en las piedras, trepó arriba.

Vio a Ronald avanzar poco a poco, en cuclillas. Estaba a dos yardas bajo él, pero el ayudante del *sheriff* no miraba hacia arriba, sino adelante, para dar la vuelta por el otro pasadizo.

Tony se dejó caer y cuando su cuerpo golpeó contra el de Ronald, lo aferró con los brazos.

Ronald lanzó un juramento e hizo un movimiento brusco para desprenderse de su presa. Entonces ambos perdieron el equilibrio y se derrumbaron por la pendiente, golpeando contra las piedras.

Se detuvieron en una roca lisa cuando Tony había conseguido apresar la muñeca armada.

Ronald adelantó su mano libre y apretó el cuello de Tony, tratando de estrangularlo.

Tony dedicaba todo su esfuerzo a despojarle del arma y sintió poco a poco que a sus pulmones llegaba menos aire.

Rodaron separadamente hasta llegar abajo.

Su cara empezó a enrojecer y abrió la boca intentando tragar oxígeno.

Retorció la mano de su rival desesperadamente, porque supo que lo separaban tres o cuatro segundos de la muerte.

CAPÍTULO XIII

Ronald lanzó un aullido y abrió la diestra.

El revólver escapó de sus dedos y cayó hacia abajo. Entonces, Tony apoyó la rodilla en el estómago del ayudante del *sheriff* y lo arrojó lejos de sí.

Se levantaron los dos a un tiempo respirando jadeantes.

Tony no podía dar oportunidad a su rival para que sacase el otro revólver. Le golpeó el estómago con el puño.

Ronald lanzó un aullido de dolor y se dobló, pero al tiempo que lo hacía, disparó su izquierda y alcanzó a Tony en el pómulo.

Trevor trastabilló y estuvo a punto de caer, pero hizo un esfuerzo sobrehumano y saltó hacia adelante.

Entraron nuevamente en contacto y continuaron golpeándose. Sus puños surcaban el aire y las más de las veces encontraban en su camino el blanco contra el que iban dirigidos.

A punto de quedar agotados, sus movimientos empezaron a ser lentos y cada uno puso en sus puños el resto de sus energías buscando un fuera de combate decisivo.

Tony logró alcanzar el mentón de Ronald, pero éste antes de caer, logró aferrarlo de una mano y los dos se derrumbaron otra vez por la pendiente.

Rodaron separadamente hasta llegar abajo.

Tony se incorporó escupiendo sangre, sudoroso, con las ropas destrozadas, pero pudo darse por satisfecho al ver el estado en que se encontraba Ronald, el cual también intentaba enderezarse trabajosamente. Su cara era una máscara sanguinolenta y tenía un ojo cerrado y el pómulo abierto.

Trevor se fue hacia él y le soltó un terrible trallazo.

Esta vez, Ronald ni siquiera emitió un suspiro. Se desplomó y

quedó inerte.

Tony lo contempló un rato vacilante, a punto de caer también, y luego se acercó a su caballo y cogió la cantimplora, bebiendo un trago de agua. Se lavó la cara y se secó con un pañuelo.

Contempló sus manos llenas de rasguños y sus dedos inflamados.

Se acercó a Ronald, el cual todavía no había recobrado el conocimiento. Se agachó sobre él y le quitó los dos revólveres que llevaba en el cinturón. Los enfundó y le quitó el de la funda, que arrojó lejos, a las rocas.

Se sentó en una piedra para descansar. En la mano derecha tenía la cantimplora. Alargó el brazo y echó un poco de agua sobre el rostro de Ronald, el cual empezó a moverse.

El firmamento se estaba llenando de estrellas.

Ronald apoyó las palmas de las manos en la reseca tierra y quedó sentado. Soltó un salivazo mezclado con sangre y dijo:

—¡Maldito seas, Trevor! Has vuelto a ganar poniendo en práctica uno de tus condenados trucos.

—Cuando uno lucha con alimañas como tú, no tiene más remedio que exhibir su repertorio. Pero no es eso de lo que vamos a hablar tú y yo ahora. Hay temas más interesantes para mí.

—¿Por ejemplo?

—Lee Corey.

Ronald se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¡Vete al infierno! —exclamó.

—Suelta otra como ésa y te arranco los dientes que te quedan.

Hubo un silencio.

—Pierdes el tiempo conmigo, Trevor. Yo no sé nada acerca de la muerte de Lee Corey.

—No tengo ganas de reír ahora. Cuando quiera un chiste ya te lo pediré… Vamos a hablar en serio. Tú te llegaste a El Paso desde Palo Verde y contrataste a Ray Jackson y Spencer Murray para que matasen a Lee Corey.

Ronald meneó la cabeza en sentido negativo.

—No hay nada de verdad en todo eso. Ni siquiera sé quiénes son esos tipos.

Tony le sacudió en la boca con la mano, de revés.

Ronald se echó hacia atrás y se cubrió temerosamente la cara con el brazo, gimoteando.

—Te aseguro que no los conozco. Deseaba la muerte de Lee Corey; eso es cierto, pero jamás me hubiese atrevido a matarlo.

—Claro que no, eres un cobarde. Y por eso contrataste a los dos tipos.

—¡No contraté a nadie! ¡Te lo juro por mi honor!

—¿Tu honor…? Eso sí que es bueno. ¿Qué clase de honor tienes tú, Ronald? Por lo visto prefieres que te haga picadillo… Y palabra que lo vas a conseguir.

Tony hizo ademán de ir a pegarle otra vez, y Ronald se encogió como un chiquillo.

—¡No me pegues más…! Es cierto cuanto te digo. No tuve nada que ver con la muerte de Lee Corey.

—¡Por todos los infiernos! ¿Es que vas a agotar mi paciencia? —Le cogió por el cuello de la camisa y acercó su cara a la de él—. ¡Vamos, Ronald…! ¡Confiesa de una vez!

Ronald estalló en un sollozo y todo su cuerpo se estremeció.

—¡No quiero que me castigues más…! ¿Es que no te das cuenta…? Es lo que has dicho antes. Soy un cobarde… Siempre lo he sido. No hubiese sido capaz de tocarle un cabello a Lee Corey. También se lo conté a Lydia. Pensé muchas veces en matar a Lee, pero nunca llevé a la práctica mi plan, precisamente por eso. Yo le tenía mucho miedo. Lee era todo lo que yo hubiese querido ser. Poseía una rapidez endiablada con el revólver, vencía en todas las peleas y era admirado por los vecinos de la comarca… Y él tenía a Lydia… Hubiese podido contratar a unos cuantos pistoleros para acabar con su vida, pero ni siquiera a eso me atreví, porque Lee tenía un sexto sentido y sabía que yo le odiaba. Era astuto y si se hubiera librado de la encerrona que yo le hubiera preparado, habría sabido que solamente Ronald Donovan era el culpable.

—Te contradices tú mismo. ¿Es que no te das cuenta? Si tú dices que Lee, en caso de librarse de una emboscada, habría sabido que tú eras el promotor de ella, ¿por qué realmente fue muerto por esos pistoleros? ¿Quién les pagó?

—No fui yo. Es lo único que, te puedo decir.

—¿Qué otra persona pudo ser?

Ronald respiró boqueante. Todo su cuerpo transpiraba sudor.

—¡El *sheriff*! —exclamó.

—¿Smiler?

—Pudo hacerlo.

—¡Te voy a cerrar para siempre tu boca sucia! El *sheriff* apreciaba a Lee Corey. Me habló en los mejores términos de él.

—¡Entonces no sé quién pudo hacerlo!

Tony lo miró fijamente unos instantes y luego lo dejó libre.

Ronald se derrumbó de nuevo, golpeando la espalda contra el suelo.

—Oye —pidió—. ¿Quieres darme un trago de agua, Trevor?

Tony alargó la cantimplora mientras fruncía las cejas.

El *sheriff*. ¿Por qué no? Ahora danzaron en su cerebro las palabras que había oído pronunciar a Lydia:

«El *sheriff* y mi padre fueron muy buenos amigos y, cuando él murió, Smiler, en cierto modo, ocupó su lugar».

¡Santo cielo! No podía ser. Pero ¿quién si no?

Miró a Ronald, que acababa de beber la última gota de agua de la cantimplora.

—Nos vamos, Ronald.

—¡No quiero ir contigo…! Te dejaré en paz… y Lydia será para ti… Volveré a Palo Verde.

—Nada de eso. Te vas a venir conmigo. Regresaremos a El Paso. Anda, levántate.

—¿Qué voy a hacer yo ahora en El Paso? Sólo quiero volver a Palo Verde.

—Tú obedecerás mis órdenes, Ronald. Va en ello tu vida.

Ronald se incorporó y sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien —dijo con tristeza—. Tú eres el que manda.

Montaron en las sillas y volvieron grupas hacia El Paso.

Capítulo XIV

Lydia Howells se secaba con un pañuelo las lágrimas que brotaron de sus ojos.

Estaba junto al balcón abierto, mirando las estrellas.

Tony Trevor le había descubierto la gran verdad de su vida. Ella nunca había amado a Lee Corey. Fue Lee quien se impuso sobre su voluntad y el que, hábilmente, la doblegó.

Los acontecimientos se habían precipitado en los últimos días y ahora a la joven le parecían un torbellino. Por su imaginación pasaban las escenas con una salvaje mezcolanza.

Cerró los ojos y se apretó con los dos puños las sienes. Entonces lanzó un grito.

—¡No…! ¡No puedo resistirlo más…! ¡No puedo!

Se volvió y dejó caer de bruces sobre la cama, sollozando desconsoladamente. Así permaneció un rato dando rienda suelta a su desesperación.

De pronto llamaron a la puerta.

Lydia se incorporó sobresaltada volviendo la cabeza.

—¿Quién es? —preguntó.

Vio cómo giraba el pomo de la puerta y ésta se abrió poco a poco.

En el umbral apareció el *sheriff* de Palo Verde. Estaba inmóvil y sus ojos eran como rendijas cuando se clavaron en el rostro de Lydia.

—¡Smiler! —gritó alborozadamente la joven.

Se levantó de un salto y corrió hacia el *sheriff* cuando éste ya había entrado en la habitación y cerrado a sus espaldas.

Él acogió en sus brazos a la muchacha y ésta lloró en su pecho.

—Oh, Smiler… Cuánto bien me hace tu presencia.

El *sheriff* le pasó una mano por la cabeza, acariciándola mientras ella continuaba hablando.

—¡Tienes que evitarlo, Smiler!

—¿Qué es lo que tengo que evitar?

—Ronald se ha llevado a Tony Trevor a Palo Verde.

—Si Ronald ha logrado cazarlo, se limitará a cumplir con su deber llevándolo allí.

—¿Es que no lo comprendes, Smiler? Ronald nunca entregará a Tony. Él mismo lo ha confesado. Lo matará en el camino.

Smiler arrugó el entrecejo.

—¿Por qué va a hacer una cosa así?

—Ronald quiere hacerme su mujer. Odió siempre a Lee Corey, pero le tenía miedo y por eso se las arregló para darle muerte. Ronald fue quien contrató a los dos pistoleros que Tony Trevor se encontró antes de llegar a Palo Verde.

—¿Ha reconocido también eso Ronald?

—Oh, no. Solamente lo que se refiere a mí.

—Comprendo —el *sheriff* dio unos pasos hacia la cama y se sentó en el borde.

—Pero ¿qué haces…? —le preguntó Lydia, perpleja—. ¡Tienes que marcharte enseguida!

Smiler sonrió diciendo:

—Apuesto a que tu amigo Tony se las arregla bien para desembarazarse de Ronald.

—¡Pero si él no lleva armas…! ¡No lo podrá conseguir…!

Hubo una larga pausa y luego el *sheriff* dijo con voz parsimoniosa:

—Me iré enseguida, muchacha, pero antes quiero que me digas algo de lo que sucede entre tú y Tony Trevor. Le ayudaste a escapar y viniste con él a El Paso.

—No quiero hablar de ello ahora.

—¿Por qué no? Es un buen momento. Siempre te he querido como a una hija. Tú lo sabes, Lydia. ¿No te acuerdas cuando me contabas todos tus secretos…? Confiabas en mí… ¿Por qué no vas a hacerlo ahora?

La joven se volvió dando la espalda al representante de la ley.

—Está bien. Quiero a ese hombre.

Hubo una larga pausa.

—¿Así, pues, te has enamorado de él?

—Sí.

—¿Lo sabe Tony?

—Me ha dicho que me quiere.

—En tal caso, si Tony prueba que no ha tenido que ver en la muerte de Lee Corey, ¿te casarás con él?

—Sí.

—¿Estás segura de que ese hombre te conviene?

—No tengo ninguna duda sobre ese particular.

—¿Por qué? ¿Sabes acaso algo de él? ¿De dónde viene? ¿Cuál es su procedencia? ¿Qué ha hecho en su vida? —La voz del *sheriff* sonó áspera.

—No me importa su pasado.

—¿Y si fuese un delincuente…? ¿Un asesino?

Lydia se volvió repentinamente mirándolo con los ojos relampagueantes.

—¡No es nada de eso!

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha asegurado él?

—Oh, por favor, Smiler… No hemos tenido oportunidad para contarnos nada hasta ahora. Sólo sé que le quiero y que él me quiere a mí.

—Perdona, hija. Nunca puedo olvidar que después de todo soy *sheriff* de Palo Verde. Una de las obligaciones de mi profesión es preguntar, sobre todo cuando llega a nuestro pueblo un hombre que, de un modo u otro, se relaciona con la comunidad…

—Ahora que he satisfecho tu curiosidad, ¿vas a ir de una vez a buscarlos?

—No iré solo. Tú vas a venir conmigo. Será mucho mejor. Supongo que no habrás pensado permanecer aquí. Tu madre te necesita. Es mejor que emprendas el viaje ahora mismo… conmigo —el *sheriff* se levantó y acercó al balcón.

Durante unos instantes escuchó los gritos procedentes de las casas de los alrededores.

—Ésta no es una ciudad para ti, Lydia.

—Está bien. Me iré contigo.

Smiler se acercó a la joven, le cogió una mano entre las suyas y se la apretó.

—Siempre he deseado para ti la mayor felicidad del mundo,

Lydia. Siempre.

La joven miró a los ojos del *sheriff* y dijo:

—Lo sé, Smiler. Has sido muy bueno conmigo.

—No consentiría que nadie te hiciese daño. Palabra que he sufrido mucho por ti.

—Smiler, ahora recuerdo que Ronald dijo que tú habías desistido de venir a El Paso. Declaró que se había decidido a hacer el viaje él solo.

—¿Eso dijo?

—Sí. Lo recuerdo perfectamente.

—Bueno, ello te prueba que tú inclinaste la balanza. Después de marcharse Ronald, pensé que no podía dejarte aquí sola entre tanta gentuza. Sólo vine por ti, muchacha. Para llevarte con tu madre.

Ella acercó su cara a la de él y lo besó en la mejilla.

De repente la puerta se abrió de un golpe y una voz llamó desde fuera:

—¡Eh, Tony!

El *sheriff* y Lydia se volvieron y vieron en el umbral, detenido, perplejo, a Peter Morrow.

—¡Infiernos, *sheriff*! Perdone que interrumpa. Pasaba por aquí y se me ocurrió acercarme a saludar a la señorita. Bueno, ya nos veremos otro día. Hasta la vista y dé recuerdos a Luke.

Peter Morrow empezó a girar y de pronto restalló la voz de Smiler:

—¡Quieto, Peter Morrow!

Peter giró sobre sus talones poniendo una cara compungida.

—¿Qué quiere, *sheriff*?

—¿Y te atreves a preguntarlo? ¡Ayudaste a Tony Trevor a que se escapase de la cárcel!

—¿Yo? —agrandó los ojos—. ¿Quién dice eso? Nadie puede acusarme. Ya le he dicho que me encuentro casualmente en El Paso. Un matrimonio mexicano me ha nombrado padrino de bautismo de su hijo y yo soy un tipo que, como usted sabe, me gusta cumplir con mis obligaciones sociales.

—¡Cállate, si no quieres agravar tu situación!

Peter se miró la punta de las botas.

—Está bien, me callaré…

—Sólo vas a contestar a mis preguntas. ¿Qué hacías realmente

aquí, Peter? ¡Y vive Dios que me vas a contestar la verdad o te devuelvo a la celda de donde saliste! ¡Y te aseguro que esta vez no va a ser por diez días!

—A mí no me puede acusar de nada. Yo cumplí mi condena. Vine aquí como un honrado ciudadano.

—Acompañando a Tony y a Lydia.

—Sí, señor, pero vinimos a cumplir un deber de justicia.

—¿Qué entiendes tú por deber de justicia?

—Hemos venido a buscar a los dos tipos que mataron a Lee Corey. Ya sabe, a los fulanos que cambiaron el caballo y compraron el reloj a Trevor.

—¿También tú crees en esa historia?

—No se trata de ninguna historia, *sheriff*. Es la pura verdad. Precisamente me he acercado por aquí para decirle a Trevor que ya sé dónde se esconde Murray.

—¿Murray?

—Sí, el compañero de Jackson.

—¿Quieres ser de una vez más claro?

—Murray y Jackson son esos dos fulanos de que le hablé antes. Pero ocurre que solamente queda vivo Murray, porque se cargó a Jackson —mientras hablaba penetró en la habitación—. Yo estaba vigilando el hotel del Buen Samaritano, donde se alojaba Murray y hace un par de horas se acercó por allí para recoger su caballo. Lo seguí hasta una de esas posadas mexicanas. Me pude acercar a una chinita y logré sonsacarla. Murray ha pedido habitación allí. Pensé que a Trevor le gustaría echar una parrafada con Murray.

El *sheriff* hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Así que tú también te has convertido en un representante de la ley.

Peter Morrow sonrió satisfecho.

—Y no parece que lo hago mal, ¿eh, *sheriff*?

Por la puerta abierta aparecieron en ese momento Ronald y Trevor. Éste dijo con voz jovial:

—Todo lo contrario, Peter. Lo hiciste muy bien.

—¡Tony! —exclamó Lydia, y corrió al encuentro del joven.

Trevor, con el revólver en la mano derecha, la abarcó por la espalda con el brazo libre y la atrajo hacia él besándola suavemente en los labios.

—¿Qué está esperando para detenerlo, *sheriff*?

Smiler observó el revólver que Tony esgrimía.

—Tiene un hermoso «Colt» en la mano y no siento ningunas ganas de suicidarme.

Peter Morrow habló atropelladamente:

—Sé dónde está Murray, Tony. Lo seguí hasta una posada cercana a El Paso. Debemos ir enseguida, aunque me aseguré de que iba a permanecer allí por lo menos hasta mañana.

—¿Se da cuenta de lo que está haciendo, Tony? —dijo el *sheriff*.

—¿Tiene usted algo que oponer?

—Creo que está complicando demasiado las cosas.

—Me las complicaron primero a mí. Lo único que hago ahora es desenrollar la madeja. Usted, el juez, el fiscal y hasta mi propio abogado defensor, creyeron que mi historia de los dos fulanos era pura invención mía. Ya que está usted en El Paso tendrá oportunidad de darse cuenta de que los hechos que yo le relaté eran ciertos.

—De acuerdo, Trevor. Le voy a conceder un margen de confianza. Iremos a la posada y le echaremos un vistazo a ese Murray.

De repente sonó una carcajada y una voz dijo:

—No es necesario que se molesten, caballeros. Yo soy Murray. ¡Tire ese revólver, Trevor, o le peino de un balazo!

Tony dejó caer el revólver.

Todos volvieron la cabeza hacia la puerta.

Trevor pudo ver, efectivamente, a Spencer Murray, el cual se apoyaba en la jamba mostrando un «Colt» en cada mano.

—¡Demonios! —exclamó el forajido—. Esto parece una reunión familiar.

El *sheriff* se humedeció los labios con la lengua.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Murray?

—Claro que sí, abuelo. Puede hacerla. Siempre he respetado las canas.

—¿Reconoce usted a ese hombre? —Smiler señaló a Tony.

—Sí, lo reconozco —asintió Murray.

—¿De qué?

—Un amigo y yo nos lo tropezamos cerca de Palo Verde. Le cambiamos su caballo por un potro que nosotros llevábamos y

además de eso le compramos por veinte dólares su reloj.

—Si todo eso es cierto —dijo el *sheriff*—, no comprendo una cosa.

—Pregunte, abuelo —dijo otra vez Murray, sonriente.

—¿Por qué diablos ha venido usted aquí? ¿Por qué al darse cuenta de que Trevor va tras usted no se ha marchado a México, por ejemplo? ¿Por qué se ha atrevido a venir a esta casa donde precisamente están las personas a quienes usted más interesa?

Hubo un silencio y Murray siguió sonriendo.

Trevor dijo con voz ronca:

—Yo puedo darle la respuesta, *sheriff*. La más sabrosa respuesta que usted pueda escuchar. Acabo de comprender la verdad. Ahí detrás, en el corredor, está el hombre clave de todo este asunto… Es el propio Lee Corey.

Hubo una pausa sobrecogedora y por el hueco de la puerta aparecieron unas botas. A continuación, por la jamba asomó un rostro, una cara de ojos azulados y labios gruesos que se distendían en una sonrisa.

El hombre se desplazó silenciosamente hasta que todo su cuerpo quedó en el hueco, apoyado en la pared.

Lydia Howells soltó una exclamación:

—¡Lee…!

CAPÍTULO XV

Lee Corey frisaba en los treinta años y mediría uno setenta y cinco de talla. Robusto, de fuerte constitución, cabellos rubios y mentón puntiagudo.

—¿Cómo estás, querida? —dijo, dirigiéndose a Lydia.

La joven tenía el rostro mortalmente pálido. Trató de decir algo, pero no lo consiguió. Entonces, Lee Corey miró a Tony Trevor y dijo:

—Usted es un tipo muy listo, muchacho. ¿Cómo ha llegado a saber la verdad?

—Ya le he dicho que ha sido cuestión de hace unos minutos. Exactamente desde el momento en que apareció Murray.

—¿Por qué?

—Murray no tenía por qué venir aquí si realmente él y Jackson lo hubieran matado a usted. ¿Qué motivos tenía para acudir a esta habitación? Exactamente ninguno. Lo lógico en los asesinos es que traten de escapar, o por lo menos de esconderse en la ciudad que se encuentren. Es posible que el *sheriff* haya resultado sospechoso a mis ojos pero en cuanto intercambió unas palabras con Murray, ya no tuve lugar a dudas. Todo lo sucedido apareció en mi imaginación de una manera clara y precisa. Es increíble cómo se empeña uno a veces en el error. Las cosas suceden a veces de una forma tan simple que a uno le cuesta trabajo admitirlas. Preferimos lo enrevesado.

—Es un bonito discurso —retrucó Corey—. Pero póngale punto final. Le conviene.

—Voy a terminar enseguida. Usted fue el honrado Lee Corey hasta que se cansó de serlo. Iba a tener una bonita mujer, pero habría de conformarse con el sueldo que le pagaba la compañía Anaconda. Entonces hizo sus cálculos. Podía llevarse de un solo

golpe lo que había de ganar en diez años. Claro que no se hubiese conformado con los doce mil dólares, luego hubiese seguido dando golpes por ahí. En la delincuencia todo es empezar. Lo demás viene por sus pasos contados. Naturalmente, tenía que dejar pasar un poco de tiempo para conseguir traer a su lado a Lydia.

—Eso es —asintió Corey—. Pero las circunstancias me han sido favorables y resulta que he tenido que esperar mucho menos tiempo del que calculaba. Ya tengo aquí a mi mujercita, y eso se lo debo a usted, señor Trevor. Gracias por su favor.

Sus labios volvieron a sonreír mientras fijaba los ojos en la muchacha.

—¿No te alegra verme, querida?

—No… No estaba preparada para esto —balbució ella.

—Bueno, ya te irás acostumbrando, ricura. Lo importante para ti es eso, que Lee Corey está otra vez vivo. Tú y yo vamos a empezar una nueva vida.

—No se la va a llevar usted, Corey.

—¿No? —preguntó Lee—. Eso sí que resulta gracioso. Mucho más que toda su palabrería de antes.

—Ella se va a quedar en Palo Verde.

—Ande, deme una razón.

—No le quiere a usted.

—Palabra que es usted a veces un tipo extraño, Trevor.

Trevor cerró la puerta y se apoyó en la pared, con sus dos revólveres bien levantados, para dominar a los personajes que intervenían en la escena.

Lydia miró a Tony angustiosamente y dijo:

—Por favor, Tony, cállese.

Tony contestó sin apartar los ojos del rostro de Lee:

—No debes tenerle miedo ahora, Lydia. Ese hombre sólo se interesaba por él. Si te hubiese querido verdaderamente a ti, te hubiera informado de lo que pretendía hacer, pero no lo hizo…

—¡Ya basta, Trevor! —exclamó Corey, endureciendo los músculos faciales.

—¿Es que teme la verdad, Corey?

—¿La verdad? ¿A quién puede hacerle daño una cosa como ésa?

—Pues, entonces, pídale a ella que se la diga. Demuestre que lo suyo no es palabrería.

Lee Corey miró a Lydia.

—Está bien. Vamos a darle satisfacción al muchacho. Dilo fuerte para que lo oiga. Dile que me quieres a mí, que siempre me has querido, que no ha habido otro hombre en tu vida y que sólo yo puedo darte la felicidad.

Hubo una pausa y de pronto Lydia dijo:

—No, Lee… No te quiero… Ahora sé que no te he querido nunca… Me limité a obedecerte… Nunca me dejaste elegir… Siempre hice tu voluntad y eso no puede ser amor. Nunca lo ha sido…

—¡No sabes lo que dices! —chilló Corey con las pupilas llameantes.

—Sí, Lee. Ahora lo sé perfectamente.

—Sólo falta que me digas que lo quieres a él, a ese maldito Trevor.

Lydia levantó altivamente la barbilla y dijo:

—Es cierto. Lo quiero a él.

Los ojos de Corey se movieron rápidos, cargados de odio, hacia Trevor.

—¡Condenado intrigante! ¡Se ha aprovechado de mi ausencia! ¡La ha embaucado!

—Te equivocas, Lee —gritó Lydia—. Él no ha hecho absolutamente nada de eso.

—¡Cállate tú!

Durante unos instantes no se oyó ningún ruido en la habitación. Lee no apartaba la mirada de Trevor.

—¡Lo voy a liquidar, Trevor…! ¡Y va a ser aquí mismo!

—¡No! —exclamó Lydia—. ¡No vas a hacer nada de eso!

—¡Apártate de él!

—¿Qué clase de hombre eres tú? —rugió Lydia—. Es cierto que no te he querido nunca, pero también lo es que estaba orgullosa de ti. Siempre fuiste un hombre de bien. Una y mil veces me has repetido que aborrecías el delito. ¿Cómo es posible que hayas cambiado de esa forma, Lee? ¿Qué es lo que se te metió en el cerebro para hacer una cosa así? Has robado a la propia compañía que te tenía contratado… Simulaste tu muerte y tú sabías que alguien tendría que pagar por ella. Más que eso, preparaste la muerte de un desconocido con la ayuda de tus cómplices. Oh, Lee.

Ahora me das lástima.

—¿Lástima…? ¡Nadie puede tener lástima de mí ahora! Es posible que la haya tenido mucha gente antes, cuando era el honrado Lee Corey, el hombre más rápido con la pistola, el hombre de los puños de acero, el hombre que trabajaba noblemente por un sueldo miserable de ciento cincuenta dólares al mes. Entonces admito que hubiese muchas personas que me tuviesen lástima. Es lo que pensarían todos. Si ellos hubiesen poseído mi habilidad con el revólver y mi facilidad, ¿hasta dónde hubiesen llegado? ¡Jesse James habría sido un simple novato al lado de ellos…! Y ése era yo. Lee Corey. El hombre que podía ser más grande que Jesse James… ¡Pero ahora se acabó, Lydia! ¡Voy a ser el héroe que todo el mundo creyó ver en mí!

—¿Héroe? ¿Llamas héroe a un hombre que roba y mata?

—¡Qué importa eso…! El dolor es algo que va unido al triunfo… La dicha de unos tiene siempre un contrapeso en las desgracias de otros. Anda, muchacha. Pórtate bien… déjalo solo.

Tony apretó un brazo de Lydia, murmurando:

—Obedécelo.

Lydia miró a uno y otro hombre, y finalmente, se separó.

Ronald y Peter Morrow también se echaron atrás, hacia el balcón, pero el *sheriff* se estuvo quieto.

—Vas a oírme primero, Lee —dijo Smiler.

—¿Qué tiene que decir?

—Todavía estás a tiempo de echar marcha atrás. Sólo ha muerto un pistolero, ese Jackson. Aún no es tarde, Lee. Estoy seguro de que la Anaconda se considerará satisfecha si le devuelves su dinero. Puedes volver a empezar, muchacho.

Corey rió suavemente.

—¡Déjese de monsergas, viejo imbécil!

Los hombros del *sheriff* se estremecieron.

—¿Qué estás diciendo, Corey? Jamás he oído en tus labios esas palabras. Siempre me tuviste respeto.

—No confunda las palabras. Lo único que hice fue tolerarlo, soportar sus majaderías, pero ahora ya no tengo por qué escucharlas. Usted solamente es un *sheriff* pueblerino sin ninguna ambición y por lo visto cree que los demás tenemos que ser como usted. Apártese también, *sheriff*, si no quiere ganarse un pildorazo.

Smiler, pálido, tembloroso por las palabras que acababa de oír, retrocedió lentamente.

Lydia lo acogió a su lado, pasándole cariñosamente un brazo por la espalda.

Murray estaba presenciando la escena junto a la puerta del corredor y sus labios sonreían divertidos.

En el centro, solamente quedaron Trevor y Lee Corey, separados por una distancia de tres yardas.

Tony conservaba el revólver en la funda izquierda.

Corey también retrocedió hasta que sus pies tropezaron con una silla. Entonces, entre él y Tony había seis yardas.

—Usted me lo ha echado a perder todo, Trevor… Si Murray y Jackson hubiesen encontrado a cualquier otra persona, la cosa habría salido a las mil maravillas. Estaba pensado con la cabeza. A usted lo tenían que haber colgado. Yo hubiese dejado pasar unas cuantas semanas y por último habría traído a Lydia a mi lado. La Anaconda jamás me hubiera perseguido por los doce mil dólares. Yo hubiese estado siempre muerto para ellos. Por eso le voy a hacer pagar caro las dificultades que ha puesto en mi camino. Y no sólo ha tratado de arruinarme, sino que ha pretendido quitarme mi mujer.

—No era suya todavía, Corey.

—Todos la consideraron siempre como de mi propiedad.

—Porque le tenían miedo a su rapidez con el revólver, miedo a su puntería.

—¿No lo tiene usted?

—No, Lee. Jamás lo he tenido a un arma de fuego.

—Quizá eso haya dependido de las personas con quien se haya enfrentado.

—No, Corey. Me las he tenido que ver con personas tan rápidas cómo usted. Con forajidos de todas las calañas, y le puedo asegurar que eran unos *gun-men* estupendos.

—Siempre fue el vencedor, ¿eh?

—Siempre.

—Me alegro de tenerlo aquí. Quizá no tenga oportunidad todos los días de liquidar a un tipo como usted… Ahí tiene, Trevor.

Corey hizo un movimiento rapidísimo con la mano derecha. Pero Tony Trevor fue más veloz todavía. Flexionó la pierna y su mano izquierda voló a la funda y dobló la culata del revólver sin extraerlo.

Sonó un estampido y seguidamente otros dos.

El primero había sido provocado por el «Colt» de Tony y el segundo por el arma que esgrimía Peter Morrow.

Lee Corey recibió el único proyectil que escapó del cañón de Trevor, justo en el centro de la frente. Se quedó con los ojos muy abiertos, la mano aferrada al «Colt» que ya había desenfundado, soltó un suspiro y se desplomó de bruces sobre el suelo.

Spencer Murray se había distraído demasiado con la escena, permitiendo a Peter Morrow hacerle justicia. Estaba contra la puerta con los cañones de sus revólveres apuntando al suelo, observándose los agujeros que tenía en el pecho.

Se deslizó suavemente, dobló la cabeza y rodó por el piso.

Un silencio sepulcral se hizo durante un rato en la habitación donde había aleteado la muerte.

De pronto, Lydia echó a correr y se arrojó en brazos de Tony Trevor.

—Oh, Tony… Esto es terrible…

—Lo olvidarás… Yo te ayudaré a ello…

Echaron a andar y salieron fuera, al corredor.

Peter Morrow hizo girar sus revólveres en la mano, satisfecho y, cuando los mantuvo inmóviles, dijo al *sheriff*:

—¿Qué tiene que decir ahora, *sheriff*? ¿Soy o no soy un buen colaborador de la justicia?

—¡Por todos los infiernos, muchacho! ¡Palabra que te has portado bien!

Ronald se puso en movimiento y el *sheriff* lo atajó:

—Eh, Ronald. ¿Adónde vas?

—No tengo puesto con usted —contestó Donovan—. Me equivoqué con respecto a Trevor y, bueno, creo que iba a hacer algo un poco deshonroso… La muerte de Corey me ha abierto los ojos, pero sigo pensando que estoy de sobra como ayudante suyo… Tengo algún dinero ahorrado y creo que me iré con mi tío Jonás a California. Tiene un negocio e invertiré mi dinero en él. Adiós, *sheriff*.

—Buena suerte. —Smiler cruzó los brazos mientras salía Ronald y miró a Peter Morrow—. Ya lo has oído. Me he quedado sin uno de mis ayudantes.

—¡Infiernos…! ¿No cree que yo…?

—¿Tú…? ¡Que me maten si lo consiento! ¿Qué dirá la gente cuando te viesen borracho?

—Bueno, eso se puede arreglar con una promesa.

—¿Qué clase de promesa?

—No beber más que durante mis días libres, y naturalmente, sin escándalo.

El *sheriff* sonrió y dijo:

—De acuerdo. Acepto tu palabra. Empezarás mañana.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

El *sheriff* se dirigió hacia el corredor. Al fondo vio un grupo de personas que habían acudido al ruido de los disparos, pero nadie se atrevía a acercarse.

Tony y Lydia se estaban besando.

De pronto, el *sheriff* se acordó de algo, y giró sobre sus talones, asomando la cabeza por la puerta.

Frunció el ceño al ver que Morrow estaba bebiendo un trago de una pequeña botella de *whisky*.

—¡Infiernos! —gritó Smiler—. ¿Es que no te acuerdas de tu promesa?

Morrow apartó el cuello de la botella de su boca y sonrió diciendo:

—Usted dijo que empezaré mañana. ¿No lo recuerda? Hoy es mi día libre.

Y, tranquilamente, empinó otra vez la botella y siguió bebiendo.

FIN